

Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

RETRATOS DE UNA GENERACIÓN
Perfilando el fanatismo

BÁRBARA ALEJANDRA ALVARADO MORENO
PAULINA INÉS GONZÁLEZ VILLALOBOS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA
Categoría: Crónica, Perfiles de vida

PROFESORA GUÍA: JENNIFER ABATE CRUCES



SANTIAGO DE CHILE
ENERO 2017

DEDICATORIA

Al Universo, por ponerme, sin darme cuenta, en esta carrera que tanto me entregó en estos cinco años.

A Paulina, por ser mi mejor amiga siempre, sobretodo, en esta etapa.

A Valentina, por demostrarme todos los días que la única forma de vivir es haciendo lo que amamos.

A Momo, por entregarme amor de forma incondicional y desmedida.

A Sebastián, por estar siempre a mi lado y darme la tranquilidad que a veces pierdo.

A Jorge, por ser siempre el pilar que necesito y brindarme sus conocimientos con generosidad.

A Lidia, por enseñarme tanto constantemente y amarme sin cuestionamientos.

Bárbara

A Jorge, por tus interminables enseñanzas y amor.
A Rodrigo, por los sabios consejos de hermano mayor.
A mis tías, tío, prims y abuelita Lu, por la ayuda infinita.
A mis amigas y amigos, por hacerme este viaje más liviano.
A Bárbara, por compartir esta y muchas más experiencias.
A Mu, por acompañarme día a día.
A Martita, porque las palabras no alcanzan para agradecerte.
A Manena, por amarme y apoyarme desde siempre.

Paulina

AGRADECIMIENTOS

A Jorge, Nacho, Feli, Gabriela, Pipe y Ricardo por poner sus historias a disposición nuestra.
A Jennifer por la paciencia y dedicación.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
SEÑORES, YO SOY DEL TINO DESDE LA CUNA	8
MI MAMÁ ME DIO LA VIDA, GUACHUPÉ EL CORAZÓN.....	20
COLECCIONANDO ANDO.....	31
<i>OTAKU</i> DE CLÓSET	42
“EN OKLAHOMA ES ILEGAL SACARLE UN MORDISCO A LA HAMBURGUESA DE OTRA PERSONA”	54
VOLVIENDO AL ORIGEN	68
BIBLIOGRAFÍA.....	82

INTRODUCCIÓN

Una de las escenas más memorables de la cinta argentina *El secreto de sus ojos*, estrenada en 2009 y merecedora del Óscar a la Mejor Película Extranjera en 2010, es la que describe el momento en que la iluminación de Pablo Sandoval, interpretado por Guillermo Francella, le permite al protagonista, Benjamín Espósito, personaje célebre de Ricardo Darín, imaginar dónde encontrar al asesino de Liliana Colotto, la joven cuya trágica muerte da pie a esta historia policial. A través de la lectura entre líneas de las cartas de Isidoro Gómez, el potencial homicida, Sandoval, agente judicial y ayudante del personaje de Darín, se da cuenta de la afición de Gómez por Racing, uno de los equipos de fútbol más insignes de Argentina.

Pero la palabra afición se queda corta, cortísima, para explicar el fanatismo de Isidoro Gómez por el equipo de sus pasiones. Así también la expresión resulta estrecha para explicar el motor del comportamiento de los personajes que aquí serán presentados. En *El secreto de sus ojos* una acción tan simple como descubrir qué es lo que moviliza y enciende el ánimo de una persona permite saber hacia dónde irán, irremediabilmente, sus pasos, tal como las historias de los personajes a continuación perfilados permiten también proyectar sus decisiones e incluso, como en la película argentina, imaginar dónde podremos encontrarlos y saber exactamente qué estarán haciendo.

Una pasión es una cuestión que no se abandona, es una pulsión que obliga a perseguir el objeto de dicho sentimiento, aunque no convenga, aunque se lleve el tiempo o el dinero. Es por eso que Sandoval da en el clavo y dice: “El tipo puede cambiar de todo. De cara, de casa, de familia, de novia, de religión, de dios. Pero hay una cosa que no puede cambiar, Benjamín: no puede cambiar de pasión”. El fanatismo es la marca de fábrica, una especie de tatuaje en la piel que permite reconocer a aquellos que no conciben su día a día lejos del motivo de su pasión.

Es precisamente el fanatismo, esa especie de religión sin dios, lo que acerca a los protagonistas de los relatos que leeremos a continuación. Contar sus historias no ha sido fácil, porque las autoras de estos perfiles han decidido alejarse de un comportamiento lisa y llanamente siquiátrico para adentrarse en la caracterización de personas cuyas vidas no se ven destruidas por

sus fanatismos, a pesar de que estos los definen y vuelven particulares y reconocibles en cualquier momento. Dicho de otra forma, no es el foco de esta investigación un fanatismo como el de Jim Jones, líder de la secta “El Templo del Pueblo”, que en 1978 convenció a más de 900 de sus fieles de que el suicidio con cianuro era una forma de acercarse a la divinidad; o la de Ramón Castillo Gaete, autodenominado Antares de la Luz, líder de la catalogada por la prensa “Secta de Colliguay”, quien prometía a sus seguidores salvarlos del fin del mundo el 21 de diciembre de 2012 y que ese mismo año, junto a todos sus miembros, quemó a un bebé recién nacido por señalar que era el “Anticristo”.

Lo que sí buscan los siguientes relatos es esclarecer la diferencia entre ellos, los así llamados “fanáticos”, y “nosotros”, los que nos definimos como “normales” por no seguir nada con un fervor suficiente para ser considerado característico. Su objetivo es desentrañar cómo una simple afición se convierte en una pasión; cómo un simple pasatiempo para muchos (seguir los conciertos de una banda, los avances de un equipo de fútbol o incluso seguir un plan deportivo) se convierte en un manual de reglas y comportamientos que definen la cotidianidad. Explicar cómo es que donde para otros hay una decisión descuidada (ver o no a una banda dependiendo del precio de las entradas; seguir a “la Roja” cuando está en su mejor momento, pero olvidarla si va perdiendo), para los fanáticos hay un dogma, una pauta que actúa casi como un ritual que determina el comportamiento propio e impacta también sobre el de los demás.

No por nada, el escritor israelí Amos Oz señala en su ensayo de 2006 *Contra el fanatismo* que el fanático “quiere salvar tu alma, redimirte. Liberarte del pecado, del error, de fumar. Liberarte de tu fe o de tu carencia de fe. Quiere mejorar tus hábitos alimenticios, lograr que dejes de beber o de votar”.

Pero encasillar es fácil y la intención aquí es precisamente saltar de la lectura más básica para comprender cómo vive un fanático, qué lo mueve, cómo se relaciona con “los suyos” y con “los otros”, pero, sobre todo, sacarlo de un lugar común que lo califica como una más de los miembros de una masa y dar cuenta de su individualidad y de una “locura” que dentro de sus propias reglas no es más que la demostración de cómo se vive cuando hay sangre en las venas.

Quienes aquí desfilan son jóvenes, militantes de una generación puntual que se reconoce en los códigos de un momento exacto y de herramientas (redes sociales, tecnología a la mano) que les permiten reunirse con otros y amplificar así su fanatismo, que tiene también una visibilización propia de una generación más acostumbrada a vivir “para afuera” que “para adentro”, ya sea en sus estados de Facebook o en sus decenas de “posteos” diarios en Facebook o Instagram. Es por eso que nos atrevemos a señalar que éste puede convertirse, en el futuro, no sólo en el retrato de personas particulares, sino también en el de una época y sus códigos.

SEÑORES, YO SOY DEL TINO DESDE LA CUNA

*“Bien sabe este jugador número doce
que es él quien sopla los vientos de fervor
que empujan la pelota cuando ella duerme,
como bien saben los otros once jugadores
que jugar sin hinchada es como bailar sin música”*

Eduardo Galeano

Jorge está sentado con los codos apoyados sobre sus rodillas y las manos entrelazadas contra su boca. El pitazo inicial lo estremece por completo, paraliza su cuerpo que sólo vuelve a revivir con el primer contacto de su equipo con el balón. No sabe si le recuerda algo o simplemente es la sensación de sentirse en casa, ese hogar del que su familia se alejó hace tantos años, ese lugar que representado por una camiseta ha llenado todas las portadas de los diarios en el último tiempo. Ese hogar que se llama Palestino y que por 90 minutos le entrega el deseo de vivir.

-Jorge, ¿te gustaría ver a Chile campeón del mundo?

-A ojos cerrados prefiero ver a Palestino campeón.

El Club Deportivo Palestino fue fundado por inmigrantes palestinos el 20 de agosto de 1920, en unas olimpiadas de colonias en la localidad de Osorno. Fue recién en 1952 que pasó a ser parte de la primera división del fútbol chileno, ganando su primer campeonato en 1955 y el segundo en 1978. Bajó a Segunda División en el '88 y volvió a subir al año siguiente, el año que nació Jorge.

Jorge narra las fechas de memoria, no duda ni se demora, son parte de su vida, y así como recuerda su fecha de nacimiento, sabe de memoria el año de fundación y los campeonatos que tiene su club. ¿Cuándo llegaron sus abuelos a Chile? “Llegaron alrededor de los años '30, exactamente no sabría decirles”.

Jorge no tiene un primer recuerdo de Palestino, no recuerda con claridad la primera vez que fue al estadio, ese estadio en La Cisterna que su club tiene arrendado por 99 años. Sólo sabe que desde siempre ha sido parte de su vida, porque, así como aprendió a caminar, supo siempre que era de Palestino.

“Nunca me voy a olvidar que un día, en el Alto Las Condes, él andaba con su camiseta, en una época en que Palestino no existía, y en Falabella un vendedor le dijo a Jorgito, ‘¿cómo tan hincha de ese equipo, si hay otros mejores?’ Él se volvió loco defendiendo a su Palestino, era chiquitito, tenía como cinco años”, cuenta la mamá de Jorge mientras sonríe con nostalgia. Su esposo, en tanto, la mira enojado, reprochándole que haya dicho que Palestino no existía.

Quizás sea un tema familiar o tal vez sólo orden del azar, pero Palestino es su vida. Desde pequeño su padre, como repitiendo lo que hizo su tío, lo llevó al estadio, junto a todos los niños de la familia e incluso con algunos amigos. Al parecer ese tío impuso el gen en la familia Khamis.

“Para mí fue más fácil. Como fui al Colegio Árabe, ser de Palestino era lo común, aunque cuando chicos sólo yo y un compañero éramos hinchas de verdad, los otros decían que les gustaban otros equipos, así que entre los dos nos encargamos de convertirlos. Salimos de cuarto siendo todos hinchas del Tino”, comenta Jorge dejando en evidencia un rasgo que, al parecer, lo define.

“Siento que tengo el deber de evangelizar, porque si eres paisano, o no te gusta el fútbol o eres de Palestino, no hay más opciones”. Jorge, al igual que cualquier hincha de fútbol, esperaría que todo el mundo fuera de su equipo, pero es incluso más duro cuando conoce a un paisano que hincha por otro club, porque si bien un hincha puede inventar infinitos factores para probar que su equipo es el mejor, Jorge aboga por cuestiones que parecen tan inapelables como la tradición y lo que conlleva representar a un pueblo.

Así lo identifica también Fernando, amigo de Jorge, “la causa influye 100%, el típico hincha siempre te va a dar sus razones, pero Palestino tiene más que eso, es la carga de un

pueblo, una lucha, resistencia”. De igual forma lo ve Jorge, “Palestino significa mi vida, no es sólo un equipo de fútbol, representa a un pueblo entero, que es Palestina”.

No es casualidad que Palestino haya llenado las portadas de todos los medios nacionales e internacionales en el último tiempo; no es casualidad tampoco que incluso en Palestina, allá tan lejos, hablen de este equipo que le ganó al brasileño Flamengo en su propio país en octavos de final de la Copa Sudamericana durante el mes de septiembre; y, por supuesto, no es casualidad que Palestino utilice los mismos colores que el país al que representa. “Es una forma de mostrarle al mundo que Palestina todavía existe, que hay un equipo vivo. Cuando uno flamea la bandera de Palestino, significa que sigue flameando la de Palestina, por eso estoy en contra de los paisanos que no son hinchas, porque por último podrían tomarlo por la causa”.

Jorge apoya las diversas manifestaciones que las agrupaciones palestinas organizan y relata que en una oportunidad todos fueron a un partido con poleras negras: “Fue en representación de luto, por una matanza que hubo en Palestina en esos días”. Sin embargo, cree que muchas veces la falta de organización les juega en contra: “he discutido en varias ocasiones con los organizadores de las marchas, porque muchas veces las hacen el mismo día y hora en la que juega Palestino, entonces si se ordenaran mejor, iría más gente al estadio y más gente a las marchas”.

Jorge nunca ha visto a Palestino campeón, ni de un campeonato nacional y mucho menos de uno internacional. Mientras Colo Colo cuenta con más de 30 estrellas, Palestino sólo tiene dos, y ninguna obtenida durante la vida de Jorge; aunque no ha hecho más que alentarlos, nunca le han regalado un título que celebrar. Por eso esta Sudamericana es tan importante, por eso ha dejado todo por alentarlos y mantener el sueño de toda su vida, ver a Palestino campeón.

Los jugadores pasan la mitad de cancha y Jorge se pone nervioso, se para de su asiento y mira con ilusión, se vuelve a sentar, incentiva a los demás hinchas en el estadio a alentar. El partido se detiene por unos instantes, una de las torres de iluminación falla y Jorge se desespera, pasan los minutos y con ellos el estrés de Jorge aumenta. El partido se reanuda.

-La pasión le hace decir esas “huevadas”, porque no puede ser que crea que Palestino está antes que su familia.

Jorge Khamis tiene 27 años, es hijo de una familia típicamente árabe, dos padres descendientes, una hermana mayor y un hermano menor. Ortodoxos. Fue al Colegio Árabe durante toda su educación escolar y gracias a eso conoce un poco el idioma, conoció los países árabes como parte de la tradicional gira de estudio, y aunque no logró el sueño de conocer Palestina a causa de la guerra, pudo verla desde Jordania, con la distancia del Río Jordán separándolos.

“Se me pararon los pelos, es una sensación inexplicable, porque no eran fotos, yo lo estaba viendo. Es un gran sueño ir, en el corto plazo”. Luego del colegio, sin estar muy convencido, Jorge comenzó a estudiar la carrera de Educación Física, la cual no terminó debido a su escaso gusto por los estudios.

Los fines de semana en su casa siempre fueron parecidos: salían temprano los sábados en el auto del papá y hacían el recorrido habitual, pasando a buscar a los primos y a algunos amigos que necesitaran transporte. El camino a La Cisterna es largo, pero ya conocido.

“Palestino arrendó el Estadio Municipal de La Cisterna porque el club necesitaba un lugar donde ser local y la U no lo quiso, por feo. De los 99, nos deben quedar 40 años todavía, es nuestro, siempre los he visto jugar ahí, nací con ese estadio”.

Si bien el Municipal de La Cisterna es donde Palestino juega de local, por temas de infraestructura y seguridad no puede albergar a su equipo para enfrentamientos internacionales, por eso Palestino juega de local en el Estadio Monumental de Colo Colo en los partidos de la Copa Sudamericana.

Su familia siempre ha sido de Palestino, hermano, papá, mamá y hermana, estas últimas más por imposición que por decisión personal. Su padre, Mauricio Khamis, quien incluso un tiempo fue dirigente del club, es el gran responsable: “Cuando uno los lleva de chicos se van

enamorando de la camiseta, no importa la persona, de lo que te enamoras es de los colores, del nombre. Además, se dan cuenta que esto representa una causa, nosotros somos nacidos en Chile, pero tenemos mucho de árabes, eso se va inculcando, la sangre tira”.

Los hermanos de Jorge también son hinchas, pero todos concuerdan en que él es el más fanático, “Su hermano es hincha, pero no como él, es más pasivo, no se expresa dentro de la cancha como lo expresa Jorge, grita, pero no pelea con los contrarios. Jorge, en cambio, mientras pueda agarrarse, se agarra”, dice Mauricio.

“Que no se malentienda, yo estoy completamente en contra de la violencia en los estadios, pero me calienta si me dicen turco o me gritan los goles en la cara, no puedo aguantarme y respondo, aunque nunca con golpes, a no ser que sea para defenderme”, cuenta Jorge, mientras se apura en tranquilizar a su mamá, que no parecía sospechar esa faceta de su hijo. “Lo que pasa es que Jorgito es muy pacífico en su vida, nunca pelea, sólo lo vemos molesto cuando llega de un partido en el que perdieron”, dice Jimena, acurrucada en el sillón del living.

Jimena Manzur, su madre, describe al Jorge niño como extrovertido, con muchos amigos y corazón de abuelita. “Imagínense que quería ser cura, en esa época estaba el Papa Juan Pablo II y cada vez que lo escuchaba, sin importar lo que estaba haciendo, se quedaba paralizado. Piensa que, hasta el día de hoy, todos sus amigos le dicen Jorgito, tiene 27 años y le siguen diciendo así”.

Mauricio dice que, como padre, vive preocupado, “Jorge en el estadio se transforma, él no es agresivo, pero si lo provocan, contesta, y uno no sabe con quién se puede encontrar en los partidos”.

Jimena culpa a su esposo. Aunque Mauricio lo analiza con calma, cree que la frase típica de Jorge, de que Palestino está antes que todo, incluso de su familia, es una tontera, ya que para él las prioridades son distintas. Culpa a la edad: “Cuando uno es más joven es más hincha, hace más locuras, pero después va viendo que las cosas no son así, que al final es un partido de fútbol, no más. Igual me emociono, pero sé controlarme. Jorge, en cambio, es más difícil”.

Mauricio cree que cada quien vive el fútbol a su manera, y aunque su esposa dice que por lo único que llora es cuando Palestino pierde, él está convencido de que la madurez calma. “Yo siempre lo voy a defender, no busco pelea, siempre trato de evitarla, pero si le van a pegar, por supuesto que lo voy a defender”.

Jorge reconoce que ir al estadio con su papá es sagrado, y que cuando no pueden ir -en esas pocas ocasiones- le gusta ver los partidos en la televisión solo con él, tranquilos. “Es nuestro momento, siempre fue así. Él jugaba al arco y yo siempre juego al arco”.

-Está Palestino, y después la Maca.

Jorge pololea con Macarena Sabal, que al igual que él, es paisana, de una familia palestina-siria. Una de las primeras cosas que nos contó Jorge fue la transformación que realizó con los hermanos de Macarena. “Ellos eran todos del Colo, pero yo de a poco los fui transformando, siento que tengo ese poder, no es por sobarme, pero he cambiado a muchos paisanos a que sean de Palestino”, dice mientras Macarena le recuerda que con el más pequeño de sus hermanos aún no lo logra.

La Maca reconoce que la prioridad número uno de Jorge es Palestino. “No lo cambia por nada, si le tocas a Palestino, es como tocarle a su familia. Puede haber rayos, pero él es el primero en el estadio, aunque no haya nadie. Es su gran pasión y yo lo conocí así, no queda otra que aceptar”.

Macarena y Jorge se conocieron en el colegio, fueron amigos primero y fue en esa etapa que conoció la gran pasión de Jorge. “La verdad es que ahora me molesta más que antes, siempre supe, pero nunca pensé que era tan en serio”.

Jorge no entiende por qué Real Garcilaso del Perú no salió a buscar el partido desde el minuto uno, son ellos los que tienen dos goles de locales en contra. Le sudan las manos y siente que no puede dejar quietos los pies, se para del asiento, mira, se sienta, comenta lo “rata” de los

jugadores peruanos con su hermano, sentado a su izquierda, se vuelve a parar, se sienta y observa.

No sólo de fútbol vive el ser humano. Jorge es dueño y administrador de un local de comida árabe en el centro de Santiago, en la calle Merced, casi llegando a la esquina de Mosquito, llamado *Al Jazeera*. El horario de atención a público es desde las 12 del día hasta las nueve de la noche, sin embargo, cuando Palestino juega, sin importar el horario se asiste al estadio.

Aunque generalmente Palestino juega los sábados, con los partidos de la Sudamericana ha tenido que sacrificar más que pedirle a su mamá que lo cubra por unas horas -que es lo que hace cada sábado-. “Si jugamos a las 7:30, cierro el local a las 6.30 sin importar nada, y así lo saben todos mis trabajadores también”.

Andrés Córdoba trabaja con Jorge como garzón en el local desde que abrieron hace dos años, es colombiano y como algo propio de su cultura, disfruta del fútbol, es hincha de Atlético Nacional de Colombia y aunque molesta a Jorge con que conocerá el verdadero fútbol cuando se encuentren en la Sudamericana, reconoce que no había conocido nunca a alguien tan fanático como él.

“A mí me gusta, pero él la cagó, cierra temprano para ir a los partidos y no lo hace ni cuando juega Chile, no le importa”, comenta Andrés entre risas, mientras saboreamos los mejores dulces árabes que, según Jorge, venden. Lo terrible es cuando pierde, “es mejor no decirle mucho”.

Macarena lo corrobora. “Cuando Palestino perdió la final no le pude hablar en una semana, estaba intratable”.

La final a la que Macarena se refiere es la de 2008 contra Colo Colo, y una de las mayores tristezas en la vida de Jorge. Era el Torneo de Clausura de ese año, el partido de ida se jugaba en el Estadio Nacional, y aunque Colo Colo partió ganando por la cuenta mínima, Palestino, de

forma casi milagrosa, logró empatarlo a pesar de tener sólo nueve jugadores y sin contar con su arquero titular.

Sin embargo, el partido de vuelta, en el Estadio Monumental, tuvo otra suerte. Los albos hicieron uso de su frase célebre “de atrás pica el indio” y ganaron el partido por 3 - 1, logrando su estrella número 28 y dejando a Palestino con las mismas dos que arrastra desde 1978.

“Fue una alegría enorme al principio, porque nunca los había visto en una final, y más encima en el primer partido empatamos a uno, teníamos todas las de ganar, pero los goles dijeron otra cosa. Es una de las penas más grandes de mi vida, seguro”.

Macarena asegura que le encanta que Jorge tenga esta pasión, porque así como todos llevan con orgullo la bandera Palestina en sus estados de Whatsapp o perfiles en Facebook, ella está orgullosa de que Jorge defienda los colores de su descendencia, aunque sea a través de un equipo de fútbol.

Jorge confiesa que prefiere que la Maca no lo acompañe al estadio, pareciera molestarle que alguien que no sea de su fiel hinchada habitual quiera inmiscuirse en su mundo. “Igual yo prefiero no ir mucho, es su espacio, y además Jorge se transforma, es otra persona, y al final yo lo termino molestando, sobre todo cuando es contra equipos más conflictivos”, relata Macarena.

Porque si bien Palestino no tiene un archirrival como lo son Everton versus Santiago Wanderers, Deportes La Serena versus Coquimbo Unido, o Colo Colo versus la U, sí pareciera ser más fácil herirlos a través de los insultos a su pueblo, utilizados en muchos enfrentamientos de hinchadas.

Palestino genera un fenómeno particular, porque si bien por la causa que representa produce empatía en diversos sectores, su crecimiento futbolístico ha traído rivales que en un principio no tenían y, con ellos, enfrentamientos a los que su hinchada no estaba acostumbrada.

“Nosotros somos una hinchada súper familiar, todos nos conocemos y en general somos familia, literal”, comenta entre risas Fernando Dagach, amigo de toda la vida de Jorge y, al igual que él, hincha de Palestino. Reconoce que a pesar de ser él mismo muy fanático, Jorge lo supera. “En cuanto a compromiso somos igual de preocupados, siempre voy al estadio, a la hora que sea, pero yo lo veo más tranquilo, gritando igual, pero más para adentro, no expreso tanto como el Jorge, él siempre es el que grita y responde a los hinchas de otros equipos, nosotros lo apañamos, no más”.

La hinchada de Palestino es pequeña, en un partido regular no superan las 1.200 - 1.300 personas de local. A Jorge le encantaría que fueran más, porque asegura que son por lo menos 5.000, pero no van al estadio. Sabe que las entradas a veces no son accesibles para todos, pero como para él no es cuestionable, no lo entiende.

-Palestino es mi vida, mi prioridad número uno, yo dejo todo por Palestino.

Jorge, su padre, su hermano y hermana, su cuñado y primos, son abonados del club, lo que en plata se traduce a \$220.000 anuales por cada uno. Jorge, además de su carnet, tiene otro, “es para ayudar al club, porque igual tiene problemas económicos. Mi papá y hermano también tienen dos y le sacamos otro a mi cuñado, aunque él no es tan fanático, prefiere verlos en la tele”.

El cuñado de Jorge nació en Palestina, pero se vino escapando de la guerra con su familia cuando tenía 15 años, y a pesar de haber nacido allá mismo, no siente a Palestino como lo siente Jorge.

“Yo por Palestino doy todo”, dice Jorge, porque sumado al abono anual, que le permite entrar “sin pagar” a los partidos de local, tiene que comprar las entradas cuando van de visitantes, y ni hablar de cuando juegan en el extranjero, situación que se vuelve cada vez más habitual. Esto, además de la inversión en camisetas nuevas todos los años -nadie pareciera cuestionar el dinero gastado, nadie pregunta, nadie pide explicaciones-: “siempre tengo la camiseta nueva, me la compro o la consigo con los jugadores, porque como siempre voy, ya me conocen. Pero mi cábala es ir siempre con la camiseta del campeonato anterior al actual”.

Cuando Palestino juega, Jorge se siente vivo: “es un desahogo. Si jugamos un sábado, yo ya quiero que sea sábado de nuevo para que volvamos a jugar”.

Minuto 49 y una habilitación a Diego Torres es recibida por Leandro Benegas, pasa a uno, pasa a otro, Jorge está de pie, el grito de gol ahoga su garganta, el arquero sale de forma anticipada y el estadio estalla. El grito de gol ensordece el Monumental, Jorge salta, abraza a su hermano como si del más grande logro se tratara.

-Lo único negativo que veo a ser hincha de Palestino es el sufrimiento.

Jorge tiene claro que las mayores alegrías de su vida se las ha dado su club, y lamentablemente así es también con las tristezas.

Corría el año 2009, y así como el fútbol te lleva a la gloria de una temporada a otra, así de rápido te lleva también a la derrota. De haber peleado una final en 2008, Palestino pasó a pelear el descenso al año siguiente, disputando la Liguilla de Promoción, donde juegan los equipos que ocupan los dos últimos puestos de la tabla general de la Primera División -arriesgando el descenso-, contra dos equipos de la Primera B -que pelean el ascenso-.

Palestino llegó al lugar 15 de la tabla, por lo que le tocó jugar contra San Marcos de Arica. El partido de ida nuevamente trajo alegría para la hinchada del Tino, con un tranquilo triunfo por 2 - 0. Sin embargo, el partido de vuelta fue sorpresivo, con un 2 - 0 en contra, llevándolos al alargue y la posterior definición a penales.

Éste justamente es el momento más paradójico en el camino de hincha en la vida de Jorge. Ese partido de vuelta lo derrumbó, estaba convencido de que bajaban, “no podía soportarlo, vi los penales llorando, Palestino nunca ha bajado desde el ‘89, nunca los he visto jugar en segunda, no podía”.

La definición fue agónica, los árabes se impusieron por 4 -2 y lograron mantenerse en Primera. “Cuando el arquero atajó ese último penal, fue un campeonato para mí, me arrodillé y lloré, celebramos como que hubiéramos ganado la final”.

Jorge no recuerda el nombre del arquero que atajó el penal y, al parecer, tal como lo señala su padre, eso no es lo importante; Jorge está enamorado de los colores, la emoción fue tanta que no recuerda el nombre del portero, pero recuerda claramente el lado que escogió para tapar el gol y todo lo que celebró ese día. Pasó de la tristeza máxima a la alegría plena. Palestino seguía en Primera y eso era todo lo que importaba.

Porque debido a la falta de estrellas, hay que celebrar esos pequeños grandes triunfos como si de tocar la gloria se tratara, y aunque Jorge no entiende cómo un paisano no es de Palestino, no resulta tan difícil comprender por qué un niño preferiría un club con 31 estrellas a uno que no gana un campeonato desde el año ‘78, por muy palestino que sea.

-Mi gran temor es tener un hijo y que no me salga de Palestino.

Jorge y Macarena están comprometidos, él se lo propuso en Navidad. “Estaba tan nervioso que a las 12 me dijo feliz cumpleaños, en vez de feliz Navidad”, cuenta la Maca mientras nos muestra orgullosa su argolla de compromiso.

“Jorge me tiene advertido que quiere tener un hijo al tiro para poder llevarlo al estadio. Dice que si es mujer igual la va a llevar, pero que ojalá sea hombrecito”. Macarena apuesta a que cuando la familia se forme y los hijos lleguen, Jorge va a cambiar. “Las cosas van a ser distintas, las prioridades tienen que cambiar, pero yo creo que los niños van a ser iguales a él; teniendo un papá así es imposible otra cosa”.

Jorge sueña con comprar una camiseta talla cero y alentar al Tino con su bebé en los brazos. “Si le gusta el fútbol tiene que ser de Palestino, no hay otra opción, si no le gusta, no importa, pero ojalá le guste”, dice Jorge entre risas.

El dicho “en casa de herrero, cuchillo de palo” lo atormenta, no puede imaginarse un hijo suyo, paisano, hincha de otro equipo que no sea Palestino, y aunque Macarena trata de explicarle que puede ser de otro equipo, pero de igual forma apoyar a Palestino, Jorge la interrumpe, no lo tolera, “eso no existe, Maca, no puedes ser hincha de dos equipos”.

Macarena explica que siempre es así: “discute con todos, cualquier paisano o paisana que conozca que no sea de Palestino, es pelea”. Jorge lo toma en serio, hace poco se mandó a hacer una cadena de oro con la insignia de Palestino. “Para llevarlo conmigo siempre”, dice.

Parece no importarles el resultado, ni que cada vez los estadios se vuelvan más inseguros, ni los altos precios de las entradas, porque en Palestino encuentra algo que no está en ninguna otra parte, porque con Palestino se siente vivo, porque con y en Palestino encuentra su felicidad.

El marcador sigue 1 - 0 para Palestino, el pitazo final define la clasificación del Tino a octavos de final y Jorge no puede creerlo, se abraza con su hermano, su padre, sus amigos, grita el himno de sus amores. Sube por las gradas saludando a todo mundo, los abraza y felicita. Sale del estadio y prende un cigarro, levanta la mirada y sonríe, finalmente. Palestino nunca le falla.

MI MAMÁ ME DIO LA VIDA, GUACHUPÉ EL CORAZÓN

*Lo que fue ya está, no te lamentes,
lo que viene siempre fue mejor a lo de atrás.*

Guachupé

Cuando están por salir a escena todo se silencia. Aunque ese silencio no dura más que una centésima de segundo, sucede inmediatamente antes de que ocurra lo que todos están esperando. Vuela el papel picado, se despliegan los lienzos, las banderas se mueven de un lado a otro, las mangas caen sobre el público y los gritos de aliento ensordecen el Caupolicán.

Dale, dale, dale, Guachupé. Dale, dale, dale, Guachupé. Daaaaale, Guachupé.

Ignacio tiene la cara sudada, el torso desnudo, la garganta deshecha y los brazos destruidos por haber agitado la bandera de la banda de sus amores, esa que le dio el corazón, esa que alienta como el mejor hincha del mejor equipo, porque eso son, o por lo menos así se describen. Los seguidores de Guachupé -y en eso son enfáticos- no son *groupies*, no son fanáticos, no son seguidores, son hinchas, hinchas de corazón que esperan que su banda deje la vida en el escenario, porque ellos la dejan en la tribuna.

Los brazos no le dan más, sólo quiere sentarse y tomar un poco de agua, pero sigue con la bandera en alto, de un lado a otro, y alentando como si fuera la última vez que los va a ver. En medio del público parece ser otra persona. Un brillo especial, una alegría inusitada. Sin duda no es el mismo Ignacio de todos los días cuando ve a la banda que idolatra.

Guachupé nace a fines de 1999 en Santiago, Chile, luego de que cinco amigos -que posteriormente fueron cuatro- del Colegio Lastarria se juntaran a componer canciones que mezclaban rock, cumbia y pachanga. El profesionalismo demoró en llegar. Fue recién en 2006, luego de tocatas fallidas y pocas exitosas, que lograron concretar su primer disco, *En vivo sala master*, el primero de cuatro (grabaron uno anterior, en 2003, pero sólo fue difundido a través de

internet y se utilizaron varios de los temas en el disco de 2006), al que le seguirían *Estamos todos en la trampa*, en 2007; *La triste realidad*, en 2010; y *El club del amigo* en 2014.

Guachupé no tiene público, tiene una hinchada, y eso es lo que los diferencia de las demás bandas. Quizás esto tenga que ver con una cierta épica que, sin quererlo, adquirieron con la muerte de uno de sus integrantes, Luis Adriazola, conocido como Luchito Ardilla, quien tuvo en 2012 un accidente en motocicleta que finalmente terminó con su vida y por momentos se pensó que también con la banda. Sin embargo, y luego de un periodo de reflexión, los demás integrantes decidieron seguir adelante y compusieron en su nombre la canción *Camiseta 22*, para luego lanzar el disco *El club del amigo*.

Esta trágica circunstancia coincidió con el auge de la “Nueva cumbia chilena”, movimiento encabezado por bandas como Guachupé, Chico Trujillo, Banda Conmoción, Santa Fera, Villa Cariño y La Combo Tortuga, sólo por mencionar algunas, y que se define por reivindicar la tradicional cumbia, en donde todo era amor y fiesta. En cambio, lo que hoy se busca es pasarlo bien con un contenido detrás, hacer músicaailable mezclada con otros estilos, pero manteniendo el sentido humilde de la cumbia, en la que todos entran.

La “Nueva cumbia chilena” suele reunir grandes grupos de gente en instancias como tocatas o conciertos masivos en el Caupolicán, bajo el alero de la gran Fonda Permanente, pero ninguna ha logrado la fidelidad de la hinchada de Guachupé, o por lo menos eso dicen sus hinchas. Eso dice el Nacho, que es capaz de dejar de lado cualquier tipo de evento o situación por ir a ver a la banda que le dio el corazón, no importa quién se lo pida, la racionalidad no tiene rol en esa decisión, donde ni siquiera los cumpleaños familiares, de amigos o aniversarios se han salvado.

Daaaaale, Guachupé.

El primer acercamiento del Nacho con Guachupé no fue amor a primera vista -u oída-, más bien fue un amor trabajado en pos de comprender las letras y darles el significado que para él

representa el sentido de la banda. Es enfático en aclarar que sin el contenido quizás le gustarían, pero como cualquier grupo, no como para seguirlos.

Por mucho que lo intenta, no recuerda el momento preciso en que se dio cuenta de la conexión que había hecho con la agrupación. Dice que la primera vez que los vio fue en la fiesta mechona de la Universidad de Chile, en 2008. “Me encantaría decir que me gustaron desde el primer momento en que los vi, pero no es cierto, sí me llamo la atención el carácter social de las letras”.

“Partí por las más, sabía de eventos y empecé a ir a verlos”, comenta mientras recuerda cómo fueron sus inicios como hincha. Lo de ser hinchada no es antojadizo, la fanaticada de Guachupé se autodenomina así porque sus integrantes eran muy asiduos hinchas de estadio y así también lo fue su público. Tienen gritos para alentar a la banda, a los músicos sobre el escenario y saltan como si estuvieran en el tablón. Por eso tienen camisetas de Guachupé y por eso son la clásica hinchada amarillo y negro, marca que los identifica fuertemente.

Por lo general, los miembros de la banda se suben al escenario con esta camiseta insigne de Guachupé. La idea nació de su hinchada, por esa unión casi azarosa que tienen todos y todas con el fútbol. En un principio, el blanco, verde y rojo eran sus colores, y después decidieron quedarse sólo con el verde y blanco. El tercer cambio sería más radical y definitivo: arraigarse con el amarillo y negro. El Nacho no sabe muy bien a que se debe la elección de colores, pero sospecha que coincide con la portada del disco *La triste realidad* (2010).

Así como un hincha de Colo Colo valora tener la camiseta auspiciada por Lada con la que el equipo se convirtió en campeón de la Copa Libertadores en 1991, porque eso marca su devoción y un seguimiento de la historia del equipo de sus amores, las camisetas han llegado a representar la antigüedad del hincha dentro de Guachupé. Incluso hay algunas camisetas que, por lo antiguas, escasean y son valoradas dentro de su público. Todas y todos llegan con ellas a las tocatas, como un uniformado carga consigo sus insignias y grados dentro de una institución.

El 2011 Ignacio comenzó a ver a la banda de forma regular, iba sólo o con algún amigo que lo “apañara”, pero la verdad es que no le importaba, el bichito ya había comenzado a subsistir en su cuerpo y sólo se saciaba con escucharlos tocar. Pero fue en 2013 que se comenzó a involucrar como hincha. “La gente que iba sola a las tocatas se empezó a motivar y organizar”.

Un día, en medio de una tocata, del humo, las risas y el baile, divisó la única bandera que había en todo el lugar, en las manos de una joven que parecía sufrir al cargarla. Se acercó con la confianza que siempre lo ha caracterizado y le ofreció ayuda. Así ella le dijo que con otros seguidores de la banda tenían un grupo en Whatsapp para organizarse en las tocatas y lo invitaron a participar.

“Nos organizamos por y para la banda, para hacer todo más llamativo, para ellos y para nosotros. Además, encaja con el estilo de música”. Con el grupo intentan ir a todas las tocatas, dentro o fuera de Santiago, se organizan para arrendar buses e ir todos los “piños” dentro de la gran hinchada.

“Piños” viene del mundo futbolístico y es utilizado para referirse a los diferentes grupos que se forman dentro de las barras bravas.

“Hay buena onda entre todos, intentamos que se genere ese ambiente, a pesar de las diferencias naturales que pueden haber. Da lo mismo si somos de equipos distintos, hay buena onda porque queremos que se mantenga así”. El Nacho cuenta que se rumorea que en otros grupos de fans han ocurrido hechos violentos por peleas de índole deportiva, pero prefiere no hablar de eso, porque, dice, le resta importancia a las posturas claras que tiene la hinchada de Guachupé. En este sentido, el de las ideas, la pertenencia al público que sigue a la banda puede compararse fácilmente con una militancia política o la adhesión a un grupo religioso. La visión de mundo es compartida, hay posturas colectivas sobre ciertos hechos y una noción clara de a dónde debiera apuntar, en los hechos, ese grupo humano.

“Para mí no tiene sentido, menos futbolísticamente hablando, la lucha no está con los otros hinchas ni las otras barras, para allá no debería apuntarse”, dice Ignacio, pero tiene claros cuáles

son los límites y define casi instintivamente cuales son las cuestiones cruciales para él: “la barra tiene que ser violenta frente a Blanco y Negro y por la causa mapuche”.

Daaaaale, Guachupé.

Ignacio Andrés Gómez Tapia nació en La Florida, en una familia de seis hermanos (tres mujeres y tres hombres), con una diferencia de 19 años con su hermana mayor y dos papás que parecían llevarse mejor separados que juntos.

En su casa, las piezas llenas de cosas, camarotes y rotación constante de personas, mucho ruido y carencia de privacidad, hicieron que al llegar la adolescencia Ignacio se aislara y no volviera a abrirse con su familia, mucho menos con su madre, esa por la que en sus primeros años lloraba cada vez que la veía alejarse de su lado.

La gran diferencia de edad con sus hermanos lo ha acercado más a sus sobrinos. “Mis hermanas mayores, por un tema generacional, podrían ser mis mamás. Además, creo que en ningún momento alcancé a vivir con todas, entonces se volvió más distante la relación”, comenta Ignacio.

María Gladys Tapia, 69 años, es la mamá de Ignacio. Fue hija de una mujer que nunca se preocupó mucho por sus intereses y la abandonó en algunas ocasiones, dejándola en casa de sus abuelos paternos. Quizás eso hizo que ella quisiera ser parte fundamental en la vida de sus hijos, estar en todos sus momentos, llegando incluso a sacrificar su desarrollo personal y profesional en pos de quedarse en su casa cuidándolos.

Describe al Nacho como un niño muy tranquilo, que nunca fue capaz de matar ni siquiera un bicho, muy apegado a ella y mateo en los estudios, tanto que su profesora del colegio de barrio le sugirió llevarlo al Instituto Nacional. “¿Pero saben lo que hizo este bandido? Boicoteó el examen, dijo que ese era un colegio de elite y que él quería ser artista”, cuenta. Ignacio es egresado de contador auditor, pero su formación escolar estuvo -en su mayoría- en el colegio artístico Andares, de La Florida.

El Nacho egresó de la Universidad de Chile el año 2013, tiene 27 años y vive con su mamá y una hermana. Pero ahora, por situaciones de la vida, otra de sus hermanas volvió a la casa de su madre con su pequeña hija Josefina, quien se pasea con el gato de un lado a otro del comedor y mira con curiosidad mientras conversamos con su familia.

Los papás de Ignacio tuvieron un matrimonio de 35 años, el cual terminó hace cinco, en una decisión que según Gladys debió haber tomado mucho antes. La pareja tuvo momentos buenos, pero el alcoholismo de Hernán (papá de Ignacio) siempre los persiguió, e incluso luego de superarlo la relación no logró prosperar, entre otras cosas, por problemas de violencia psicológica, como confidencia Gladys.

La mamá de Ignacio define al Hernán de esa época, al que ella conoció a sus 22 años, como un “curadito de cuello y corbata”. “Yo luché tanto con la familia de él, ellos no se resignaban a su situación. Lo obligué a internarse y hacerse tratamiento, hasta que finalmente salió a flote y ahí estaba yo, pensando que todo iba a ser bonito, pero no fue así”.

Gladys dice que ella crió a sus hijos sola, con un papá en la libreta, pero que pasaba todo el día fuera de la casa. Sin embargo, cuando Ignacio habla de su papá lo hace desde la vereda de la admiración, probablemente porque de él proviene la devoción que actualmente profesa por ciertos ideales políticos y formas de agrupación social que coinciden en Guachupé. Hernán Gómez es militante del Partido Comunista y miembro honorario de Colo Colo “Mi papá me entregó el lado político, pero mi mamá, en cambio, con una formación católica, me entregó el lado social, la empatía”, cuenta Ignacio. “El Nacho siempre lo ha buscado y yo opté por una buena relación, porque siempre va a ser el papá”, señala Gladys, quien tiene una visión completamente distinta sobre el hombre que su hijo añora, un marido con poca paciencia, estricto y que no dejaba a sus hijos dormir en la misma cama cuando eran chicos. “Ese regaloneo los chiquillos no lo tuvieron, él era muy pesado, no le gustaban los niños en la cama, así que yo los hacía dormir en la cunita, al lado mío, y les daba la manito para que sintieran el apego, les daba pecho y los volvía a dejar en su cuna, bien acurrucaditos”.

El Nacho cree que tuvo suerte y que se salvó de las consecuencias del carácter de su padre por haber sido el último en llegar a la familia. “A mis hermanos los hacía levantarse a hacer aseo, era súper mañoso, pero conmigo no”.

Daaaaale, Guachupé.

Después de horas de agitar una bandera en los conciertos, Ignacio suele quedar agotado, pero al salir de la multitud se lo ve con energía, feliz, quizás, por la labor cumplida, porque una tocata no es más que la culminación de un trabajo de hinchas que comienza mucho antes.

Antes de cada concierto el Nacho se prepara durante semanas, pinta banderas y junta plata para el viaje en las ocasiones en que la banda toca fuera de Santiago. Todo eso para un show que la mayoría de las veces no dura más de un par de horas.

Es precisamente lo que no comprende su familia, con la que ha llegado a tener problemas por preferir ir a ver a la banda que hacerse tiempo para cumpleaños o eventos familiares. Mouriél Palma (24), su polola, cuenta que para su cumpleaños Ignacio le hizo una pregunta que le pudo haber costado la relación. A pesar de llevar poco tiempo juntos, lo invitó a la celebración familiar y el Nacho quiso saber si podía arrancarse un par de horas para ir a ver a Guachupé y luego volver al cumpleaños. La respuesta no vale la pena mencionarla, mucho menos lo que hizo finalmente el Nacho. Basta con saber que siguen juntos y con planes de ir tras Guachupé a México. “Son ‘Nachazos’, o yo le digo así por lo menos, porque ni siquiera entendía qué era lo que había hecho mal”, dice Mouriél.

Daaaaale, Guachupé.

Fue gracias al ambiente que envuelve a la hinchada Guachupé que Ignacio asistió a la Fonda Permanente, donde conoció a Mouriél. Al ritmo de la Sonora Malecón tuvieron su primer baile, tras el que ella tomó la iniciativa, porque dice que fue amor a primera vista. “Él se acercó, pero como pensó que yo estaba con un amigo no me sacó a bailar, así que yo tomé la iniciativa. Bailamos cumbia, me contó que le gustaba Guachupé, pero no pasó nada más, ni siquiera nos

pedimos los números”. Por casualidad o tal vez buscándose volvieron a toparse en un segundo carrete en la misma Permanente, “una amiga se acercó y le pidió el número, yo no me atreví a hablarle, pero después empezamos a chatear, lo invité a una junta en mi casa y fue, ahí no nos separamos más”.

“A pesar de que no es fanática ni nada, la Mouriel me apaña hartito con el tema de Guachupé”, cuenta el Nacho casi con tono de disculpa. “A mí me gusta compartir eso que para él es su pasión. Los empecé a escuchar por él, a mí no me pasa lo mismo, me gusta, pero él se pone eufórico, no es el Nacho cuando está en las tocatas y yo me expongo igual a que me pueda pasar algo, pero él siempre está pendiente de mí”, relata Mouriel.

En las tocatas, entre tanta gente pareciera que sus brazos son el escudo para los empujones, patadas y “chela” batida; Ignacio la protege porque sabe que ella está ahí por él. Sabe que aunque sea Guachupé el que está adelante, nunca se perdonaría que le pasara algo por su culpa. Después de tres temas ya están en primera fila, ella se queda ahí con amigas y él empieza la danza que acompaña todas sus salidas viendo a la banda.

El Nacho se pasea y escucha a medias el relato de Mouriel: está poniéndose de acuerdo por teléfono para un viaje que la hinchada hará a Concepción a ver a la banda, en el que también irá su polola.

“El Nacho es querido por todos, todos en ese mundo lo quieren y comparten lo que le gusta”, dice Mouriel, concordando con Gladys en definirlo como un tipo transparente que vibra cuando escucha las letras de la banda y en medio de esa hinchada en la que ha logrado sentirse querido, acogido y parte de algo más que grande que él mismo.

Es lo que destaca su mejor amiga, Fernanda Montecinos (25), quien se apura en contar que el Nacho “siempre tiene mucha energía, es sociable, alegre y nunca está triste, es muy cariñoso, es como que anduviera con una constante buena onda. Todos y todas lo adoran”.

Fernanda conoció a Ignacio en la U., ella estudiaba Ingeniería en Información y Control de Gestión. El primer acercamiento fue a través del colectivo político-cultural al que ambos pertenecían, La Ventana. Desde ese día se hicieron amigos inseparables, hacían todo juntos, “me preguntaban si éramos pololos, porque el aparecía en todas mis fotos”, comenta Fernanda, aclarando que nunca hubo intenciones de ese tipo entre ellos.

Esa militancia social, como ahora musical, es parte de lo que, según sus cercanos, define a Ignacio. Hoy es Guachupé, pero antes fue el centro de alumnos del colegio, luego el de la universidad y hoy el Consejo Nacional de Estudiantes de Contador Auditor Público y/o Auditor de Chile. Además de haber participado en La Ventana, fue parte del equipo de atletismo de la universidad y tuvo un grupo musical. Es parte de tres equipos de futbol distintos y ahora participa activamente dentro de la hinchada, la que, sin atisbos de duda e incluso confrontándola con la batería de instancias de participación con otros en búsqueda de un objetivo común, defiende como su gran pasión.

Por eso, para Fernanda, que el Nacho fuera hincha de Guachupé era algo lógico: “siempre le ha gustado ser parte de cosas, cuando es fanático es fanático de verdad, yo ahora lo veo muy enfocado en la banda, es su primera prioridad, le he dicho que falte a alguna tocata, que no tiene que ir a todas, pero él dice que todo lo demás lo puede hacer después”.

Lo colectivo y su pertenencia a él está por sobre todo lo demás. “Lo que más rescato de todo esto es que puedes compartir con más gente algo que te gusta, siempre me ha gustado organizarme con gente en pos de algo, para mí eso siempre vale, siempre es bueno. Hay que ponerle pasión a todo lo que se hace”, dice Ignacio.

Es justamente esa pasión la que lo lleva a criticar a quienes utilizan esta vía como un fin para carretear y perder el control. “La tocata siempre ha tenido vicios, yo no fumo nada y no me gusta el copete, pero a mis amigos sí, y está bien, los conozco y sé que es parte de esto. Al principio era cuando más me chocaba, no me gusta que se preste el hecho de organizarse sólo para la fiesta, porque se pierde el foco”.

Éste, al menos para él, está en la organización, en generar una instancia donde puedan volver aún más atractivo el espectáculo, llevando cosas diferentes a cada tocata o alternando para no repetir. Porque es a través de Guachupé que el Nacho se siente libre. “Para mí, Guachupé es una expresión de euforia, un descargo a través de las letras. La euforia de expresarte, de expresar lo que sientes, es como desaparecer”.

Quizás ese desaparecer es lo que más le gusta, porque, aunque siempre le ha gustado aclanarse y organizarse, sin importar tanto el objetivo, se transforma cada vez que ve a Guachupé. Pasa de ser un chico afable, buena onda y fácil de querer, a tener un ímpetu y fuerza que son difíciles de ver en su cotidianidad.

Los problemas que ha tenido por seguir tan fielmente a la banda -compromisos, cumpleaños, eventos, entre otros, pueden posponerse, cancelarse o retrasarse, lo único que no se puede cancelar es Guachupé- parecen no importarle o no verlos, quizás porque nadie lo ha confrontado por ellos, ya que la felicidad que ven en él puede eclipsar cualquier disgusto. Cuando ve a Guachupé nace y se descubre otro Nacho, uno que está despreocupado y que puede desahogarse gritando, bailando y botando energía que en su día a día parece contenida. Porque, aunque ni su mamá, ni su polola, ni sus amigos y amigas parecen entender qué es lo que ve o escucha en Guachupé, todos y todas dicen que es “muy Nacho” y nadie se extraña o se cuestiona que sea de la hinchada, ya que pareciera ser que es parte de su esencia.

Daaaaale, Guachupé.

A Gladys no le gusta que el Nacho sea parte de la hinchada. Nada. “A una mamá no le pueden gustar esas cosas, ahora tiene la pieza llena de cuestiones, no me han faltado las ganas de botarle todo a la basura, tiene todo lleno de lienzos. Yo pienso en toda la plata que se ha gastado en las pinturas, los palos, todo. Yo creo que estos gallos lo encontraron en un lado frágil a él”.

La plata es un punto de inflexión importante, porque Ignacio es un hombre de números, contador, con una organización envidiable y que dice que siempre se las ha arreglado y que le alcanza la plata para todo, pero su mamá difiere: “a mí me gustaría que fuera más colaborador en

cuanto a comprar esto o lo otro, echar una pintadita. Se está volcando hacia afuera, pero dejando muchas cosas de lado de acá dentro. Con la plata de los pasajes podría haber comprado un tarro de pintura y yo haber pintado la casa, que sólo se ha pintado una vez”.

Gladys insiste en que no se trata de un tema de plata, sino que lo que realmente le afecta es la lejanía que él impuso, que ella interpreta en cuestiones como que no fue capaz de posponer un viaje a ver a la banda el fin de semana que celebraban el cumpleaños de su hermana. Simplemente no lo entiende. Mouriél, quien lo acompañó, recientemente se enteró de esto y no pudo menos que sorprenderse: “Él tiene prioridades que yo no tengo, yo no dejaría de lado a mi familia por seguir a una banda, yo soy de una familia aclanada, siempre estamos juntos, para mí la familia es lo primero. Yo intento que él entienda eso, pero creo que cada persona sabe lo que hace y él es grande, yo no puedo exigirlo ni manipularlo”, cuenta Mouriél.

Le queda esperarlo. “Además de todo el fanatismo, hay que aguantar que llegue tarde a todo porque siempre tiene un panorama, incluso ha tenido problemas con su polola, porque siempre está haciendo algo”, confidencia la Feña, su mejor amiga, y a pesar de que Mouriél también lo reconoce así, lo entiende y cuestiona poco. Y lo espera.

Daaaaale, Guachupé.

COLECCIONANDO ANDO

“Para el verdadero coleccionista cada cosa particular se convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del paisaje, de la industria y del propietario de quien proviene”.

Walter Benjamin

Nos juntamos temprano un sábado en el Metro Franklin para ir directo a los galpones del Persa Bío Bío y sus calles aledañas. Este lugar es La Meca para quienes coleccionan, pero quienes entienden del tema saben que los vendedores conocen a su clientela y conseguir un precio justo no es tarea fácil, sobre todo cuando se sabe lo que un coleccionista puede llegar a pagar por el objeto que por tanto tiempo ha buscado.

Tal vez en la cotidianeidad Felipe no sea un personaje conocido, sin embargo, en los submundos de la colección su pieza sí lo es. Los programas como *Acumuladores*, que transmite *Home&Health*, nos convencen de que todo aquel que tiene fascinación por los objetos en grandes cantidades cae en la categoría de Diógenes. Pero Felipe no lo es. Su pieza, que pareciera haber superado su fama, es un museo de objetos y juguetes acumulados, donde todo pareciera tener un orden, aunque no sepamos cuál sea.

No sabemos realmente cuál es el tipo de selección que hace al comprar una cosa u otra, pero todo lo que vemos nos remonta al pasado, a nuestra infancia o incluso la infancia de nuestros padres. Hay muñecas, juguetes, bolsos, tazas y la lista de cosas parece no acabar. Todo está puesto en repisas que parecen enormes vitrinas; entrar a su pieza es retroceder un par de décadas.

“Siempre he sido ‘cachurero’, de niño. Guardaba todas las cosas, tengo las libretas del colegio, el uniforme, todo”. Felipe intenta explicarnos que su fetiche no se construyó de la noche a la mañana, sino que viene desde muy chico y que además el componente genético tiene mucho que aportar, porque por un lado a su mamá le costaba botar o deshacerse de las cosas y por el otro, su papá tiene un fetiche por los aviones y la guerra. ¿Hace sentido?

Sus primeros recuerdos de ir a la feria a buscar y comprar cosas son de cuando tenía 15 años, quedaba cerca de Peñalolén e iba los sábados y domingos en bicicleta. Pero ¿qué es lo que buscaba? Cosas antiguas, lo que le llamara la atención por los colores, pero también que lo llevara al pasado, un pasado que surge desde el lazo emocional que sin querer se crea con lo material.

Frases como “¡oh! yo tenía eso cuando chico” o “ese cuadro estaba en la casa de mi abuelita” son recurrentes cuando las personas pasan el umbral de su puerta, cuenta Felipe, y a él lo entretiene, porque ve proyectado en otros seres ese vínculo nostálgico que tanto busca. “Todos se sienten identificados con su colección, porque va recopilando lo afectivo que está en los objetos”, explica Ana Norambuena, amiga del “Feli”.

Ana y Felipe comparten casa, ellos y otros amigos viven en una casona antigua cerca de Avenida Matta. Ana cuenta que siempre que alguien nuevo los visita, lo llevan a conocer la pieza del Feli. “Su pieza es como un museo, toda la gente se queda unos segundos impresionada, pero después encuentran algunos objetos que tenían y se empiezan a emocionar”.

“Tengo una especie de obsesión con los objetos del pasado, a veces guardo envases de cosas, porque sé que en algún momento eso ya no va a existir, es una especie de afición por preservarlas”, relata Felipe, tratando de explicarse. Como diseñador industrial los logos y estructura de objetos cotidianos son importantes para él y sabe que en un futuro lejano serán valorados.

Felipe tiene 34 años y se fue a vivir solo hace más de seis. “Cuando llegué a vivir acá, la pieza estaba vacía y dije: oh, qué bueno, voy a dejar una pared sólo para poder pintar o dibujar, pero al final me fue ganando todo”, y ahora no hay espacios blancos en sus paredes, ni siquiera se alcanza a ver el color de la pintura.

Todos sus amigos y amigas creen que su colección es algo esencial en él. Mucho de lo que tiene son regalos, porque entienden que para Felipe es una misión guardarlos o preservarlos bien

a lo largo del tiempo. “Cuando encontramos cosas muy valiosas se las llevamos para aportar con la colección o si encontramos cosas en nuestras casas, que son muy lindas y antiguas, se las regalamos. Entre todos los amigos contribuimos”, relata Ana. Y así se ha ido formando su especie de pieza-museo llamada “La pieza del Feli” (conocida así entre sus amigos y quienes lo conocen), donde la cama parece perderse en medio de la inmensidad.

¿Ha botado, vendido o regalado alguna de sus cosas? No, tajante y rotundo. Le han intentado comprar, pero para él cada artículo es un tesoro en sí mismo, que no tiene precio, y si lo tuviera sería demasiado alto, tan alto que nadie estaría dispuesto a pagarlo.

Está esperando que pase el tiempo, cobijándose en la idea de que en ese futuro lejano serán más valoradas las cosas que guarda. “Me gustaría tener un museo, a veces pienso que podría ser mi jubilación, tener una tienda o un anticuario, y ahí podría vender”. Cuando termina esta frase duda de inmediato, porque no sabe si tendrá el valor para desprenderse de estos tesoros que ha guardado por tantos años. Por eso, cuando tiene la suerte de encontrarse con dos o más objetos iguales, los compra todos para poder venderlos o regalarlos.

Nos adentramos por las calles del gran Franklin, por suerte es temprano y todavía no hay mucha gente, por lo que no se hace demasiado difícil hacerse camino, incluso con la bicicleta de Felipe. La primera compra la incentivó Feli, fueron unos jugos congelados que se hacían imprescindibles por el calor de una primavera prematura.

“Hay una regla en la feria, cuando vas con plata no hay tantas cosas ‘bacanes’, pero cuando vas sin plata, está lleno. Como la Ley de Murphy”, cuenta mientras intenta sacar la cuenta de cuánto dinero ha gastado a lo largo del tiempo. No mucho, porque no son antigüedades con tantos años, dice, y ya sabe más o menos el valor de las cosas. “Cuando era más chico prefería no salir a carretear y gastarme esa plata en la feria al otro día, pero ahora he gastado más plata en discoteque, le di más plata a la Blondie (se ríe)”.

*Los almacenes de la calle 20
son el museo de toda la gente*

cosas baratas que despiertan la atención.

*Entre los trapos y los camisones
la gente busca nuevas sensaciones
comprar barato da una extraña excitación.*

Felipe nos canta ese pedacito de canción de la banda española Mecano titulada “Busco algo barato”, tratando de explicarnos que ese sentimiento es compartido y presumiendo que mucha gente le ha dicho que es *su* canción.

“Imagino que, si tuviera una casa más grande, podría tener cosas más grandes”, aunque pareciera que el espacio no fuera una limitante a la hora de juntar cosas, porque eso nunca lo ha detenido. “Siempre hay espacio”, dice con una convicción infinita, pero si encuentra algún tesoro en la calle o en la feria y sabe que no volverá a su casa de inmediato prefiere abstenerse por no arriesgarse a dañarlo. Ese es el único escenario en donde Felipe se contiene.

De todo lo que posee, se le hace muy difícil escoger cuál o cuáles serían sus objetos favoritos. Lo piensa mucho antes de contestar: “Igual tengo favoritos, tengo una maquinita de Pacman que me compré muy barata y fue de las primeras cosas en las que dije ‘tengo que juntar más, no lo vendería nunca’”.

Felipe nos guía, pareciera que conoce de memoria este lugar y sabe los puntos exactos hacia dónde ir. Al principio pasamos de puesto en puesto, y a pesar de que su mirada logra posarse sobre algunos objetos, nada llama su atención. Sin embargo, es posible ver y admirar “el ojo” que tiene, logrando apreciar objetos que para cualquiera pasarían desapercibidos.

Felipe estudió Diseño Industrial en la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM), carrera de la cual aún no se titula debido a un problema administrativo en el último año, después del cual no quiso saber más sobre papeles. En esa época, además, empezó a cuestionarse su futuro laboral, porque no quería terminar haciendo muebles de oficina, ni seguir haciendo sillas cuando el mundo parece estar abarrotado de éstas, lo que suena contradictorio con su afán

coleccionista. “El diseño es élite finalmente, y acá en Chile no pasa nada, no hay industria, es muy decepcionante”.

Por eso mismo nunca ha trabajado como diseñador y su vida laboral ha estado marcada por la libertad o por el tan anhelado *freelance*. “Al Felipe le gusta la libertad”, cuenta su madre, Herminda. Excepto por una vez, que tuvo su trabajo soñado. Fue asistente de compras del dueño de una tienda que se llamaba Ocho Fortuna y tal como la describe él, eran puros “cachureos”. “Era muy entretenido, tenía que ir al barrio Meiggs a comprar cosas y yo ahí me volvía loco, era el trabajo ideal porque tenía más plata y además tenía que buscar lugares antiguos y ahí aprovechaba de comprar cosas para mí”, cuenta, nostálgico, Felipe.

Sin embargo, a pesar de lo soñado que parecía, Felipe dejó todo en Chile y se fue a Berlín tres meses, con una maleta extra, gigante y vacía para poder traerse todo lo que pudiera de vuelta. “Allá también hay ferias muy baratas y muy ‘bacanes’, puras cositas y juguetes antiguos”.

Mirando en uno de los puestos que se ponen a los costados de los galpones, Felipe encuentra una muñeca y según cuenta, hay mucha gente coleccionándolas. Pregunta el precio y lo encuentra muy alto, aunque nos dice que hay gente que lo pagaría porque está bien mantenida. Seguimos caminando, viendo si tendremos éxito esta vez.

Parte de sus trabajos incluyen el estampado de sus propios dibujos, principalmente osos, los cuales son muy característicos de lo que Felipe hace. Fue de esa manera que conoció a su pololo Manuel, once años menor que él. “A mí me gustan mucho los osos y un amigo vio su puesto en una feria de ilustración en la que estábamos y me lo señaló. Vi primero sus dibujos y después lo vi a él, conversamos hartito. Lo agregué a Facebook, y después de un tiempo empezamos a salir. Igual yo no soy de conversar y salir, fue muy mágico”, relata Manuel.

Felipe cuenta que Manuel lo “engatusó”, porque le mandaba dibujos por internet y lo fue conquistando de a poco. Aun cuando estaba en una relación en ese momento, al ponerle término decidió adentrarse en este nuevo pololeo, pero con ciertos resquemores por la diferencia de edad que los separa.

Dicen que los polos opuestos se atraen y la relación entre Felipe y Manuel parece confirmarlo. Por un lado, Felipe es una persona extrovertida y chispeante, y por el otro está Manuel, sereno y tranquilo. “Yo soy muy de quedarme trabajando en la casa y a Felipe le encanta salir, salir de noche a fiestas y a mí no, por ningún motivo. He tenido que cambiar varias cosas de mi personalidad, he ido a fiestas, me llevó a la Blondie”, recuerda entre risas.

Sin embargo, ambos sacan risas con facilidad y el gusto por los osos pareciera ser un lazo importante. Cuando Manuel recuerda la primera vez que fue a la pieza del Feli, dice que le pareció muy grande. “Tú lo ves y es impresionante, al tiro sientes la energía de ese lugar, sobre todo porque son cosas antiguas”.

También recuerda las primeras veces que durmió en esa cama, que se hunde entre tantas cosas. “Parecía que estaba en una película de terror, porque tiene unos payasos y muñecas medias diabólicas. Además, tiene unas cortinas en las que se cuele la luz por la noche, pero todo está impregnado de su esencia, es muy afable y por eso ya no me da miedo”.

Manuel estudia animación y explica que pasa algo muy bonito en la pieza del Feli. Cuando están en pre producción de un corto animado, es muy importante que la dirección de arte se preocupe de que los espacios íntimos del personaje hablen de éste, “a mí me pareció, con el tiempo, que la pieza del Feli realmente habla de él”.

Seguimos avanzando y vemos todo tipo de cosas. Desde sillas para dentista muy antiguas hasta máquinas de escribir muy bien conservadas -Felipe dice con orgullo que ya tiene una-. Pregunta el precio de varias cosas, pero nada parece convencerlo. La Ley de Murphy pareciera haberlo hecho otra vez, hasta ahora.

“Tío, dame algo, tienes más juguetes que yo”, le dicen sus sobrinas y Felipe intenta explicarles que no son juguetes, no para él. Cuando les presta algunos siempre las hace prometer que lo van a cuidar, porque ya entienden que si quieren seguir teniendo una membresía especial de la pieza- museo, deben tener un especial cuidado.

“El Felipe es como un niño, juegan juntos, es uno más con las sobrinas”, cuenta su madre, quien sonríe mientras recuerda. Pero además de jugar, Felipe ayuda a cuidarlas y cuando saben que el Feli está en la casa de sus padres, sus sobrinas corren a verlo.

Felipe siempre fue el regalón de su familia. Es el menor, tiene dos hermanas mayores y siempre ha sido muy carismático. Herminda cuenta que siempre han sido muy hermanables y que él salía a “callejear” con sus hermanas. Donde fuera se hacía querer, “cuando lo cambiamos de colegio, su profesora jefe nos dijo: me podrían haber llevado a cualquier otro niño, pero no al Felipe, porque es muy tranquilo y respetuoso”.

En algo que coinciden quienes conocen al Feli es en que es muy ordenado. “Su pieza no es un tiradero. Yo soy ordenado, pero él lo es aún más, igual creo que está obligado, por el hobby que tiene”, cuenta Manuel. Herminda coincide: “siempre que viene alega que la casa está muy desordenada”.

Mientras seguíamos caminando, Felipe se detiene en seco en uno de los tantos puestos que hay. Tiene infinitos artículos y figuras Playmobil, fabricados en Alemania, juegos parecidos a los clásicos Lego. Mientras revisa los objetos conversa con el vendedor, quien es un experto en lo que a la historia de estos muñecos se refiere. Hablan de su diseño, de las distintas líneas estéticas que han seguido, entre otros. Finalmente, decide llevarse una pequeña lanchita color rojo a su casa, y aunque fue lo único que compró, se va con la esperanza puesta en la promesa del vendedor de traer nueva mercancía durante las próximas semanas.

“Mi papá a veces me botaba las cosas cuando vivía con ellos, porque tenía una pieza chiquitita donde no me cabía todo y algunas las tenía que dejar en el pasillo”. Esas son las únicas peleas que Felipe recuerda respecto a este tema, donde su mamá siempre estaba de su lado. Sin embargo, nunca existió un conflicto real, ya que sus padres siempre se vieron reflejados en Felipe y sus hermanas. “De mí sacaron las habilidades manuales, pero de su mamá sacaron la inteligencia”, dice Rodolfo, mirando con cariño a su esposa.

“Su papá es tan interesante como él, también tiene una pasión por hablar de las cosas que le gustan, y eso se expresa en cómo es Felipe”, revela Manuel. En cambio, cree que de su madre sacó el aspecto físico y la amabilidad.

Rodolfo es hojalatero y, como Felipe, también prefería tener trabajos esporádicos. Por otro lado, su mamá era quien tenía el trabajo estable y por este motivo Felipe siempre sintió que vivía en un matriarcado. Herminda es enfermera y trabajó en hospitales durante gran parte de su vida; cuando sus hijos crecieron y ya podían cuidarse entre ellos no desaprovechó la oportunidad de hacer turnos extras y aumentar el ingreso familiar, siempre preocupada por el futuro.

“Lo describiría como un oso muy alegre y juguetón”, dice Ana entre risas, y allí hacemos la conexión entre él, sus dibujos y lo que lo unió a Manuel desde un principio. Tanto Manuel como Ana creen que una de sus características es que “es bueno para tirar la talla, es muy molesto, de hacer bromas”, dice Manuel. Ana comenta que si bien a veces son bromas pesadas, siempre terminan bien. “Si sabe que algo te da mucha vergüenza, el Feli encuentra el momento justo para decirlo. A veces sale disfrazado o con alguna ropa divertida mientras cocinamos”.

“Siempre me dicen que tengo hartos amigos, un millón de amigos”, dice Felipe riéndose de su facilidad para socializar -tiene más de 1.500 en Facebook -. Cuenta que desde niño es así, que tenía un grupo de amigos en el barrio y ya de más grande iba a tocatas solo y ahí iba conociendo gente. “El Feli es una persona muy carismática, es muy de piel, de inmediato te da una sensación de comodidad”, cuenta Manuel.

Además, comenta que a pesar de que vive en una pieza que hace más alusión al pasado que al presente, Felipe es una persona que vive mucho el aquí y ahora. “Siempre se está moviendo. Siente satisfacción al recorrer la ciudad y hacer las pegadas que tiene que hacer. Es muy apasionado por todas las cosas que le gustan”. Su madre lo corrobora, ya que cree que una de las características que más define a Felipe, desde pequeño, es lo apasionado que se vuelve cuando algo lo cautiva, y coleccionar le causó eso desde el primer momento, manteniéndose así por años, sin una fecha de caducidad a la vista. Por ese motivo le entrega todo su apoyo, porque ve lo feliz que lo hace y la motivación que tiene por coleccionar.

Después de la primera compra, continuamos con el recorrido. Se prueba unas viseras y nos pregunta cómo le quedan. Pregunta por otros precios, pero nada lo cautiva. Ya es mediodía y el sol está justo sobre nuestras cabezas. Un poco lánguidas por el sol, ya no logramos distinguir muchas cosas, pero Felipe sigue buscando y observando, hasta que algo capta su atención nuevamente, son stickers de Garfield en colores flúor. Probablemente están hechos hace muy poco, pero da la impresión que fueran más antiguos. Los revisa, pregunta el precio e intenta regatear. Lo logra.

“Una vez a un amigo argentino le mostramos la colección y dijo: ‘está loco, cómo tiene todo esto’. Y nos dio mucha risa, porque en vez de emocionarse, encontró que era una locura. ‘Este pibe está loco’, nos decía”, cuenta Ana entre risas. Sus amigos se extrañaron porque era la primera persona que tenía una reacción tan distante con todos estos objetos. Y debe ser de los pocos comentarios negativos que ha recibido, porque Felipe cuenta que “siempre a la gente le da curiosidad y cuando ven mi pieza, se emocionan”.

Para Ana la colección representa un estilo de vida de Felipe, que es anterior a los juguetes, una suma de características que van construyendo esta forma tan particular que tiene Feli en su día a día. “Le gusta mucho la música en español, se viste con pura ropa usada. Siempre está recorriendo, intenta a ir a todos los lados posibles y mejor si es en su bicicleta. Siempre está mirando a ver si encuentra algo para su colección”.

Manuel coincide en que a Felipe “le gusta disfrutar la vida, disfrutar el presente y disfrutar del pasado que está en el presente con estos objetos que él tiene”. Valora lo antiguo, lo que tiene memoria, porque en el mundo y en la vida, todo parece ser cíclico. “Con las generaciones vuelven las modas, vuelven los ’70, escuché el otro día en el matinal”, y se ríe. Pero sabe que es verdad y que probablemente la confirmación de esto esté justamente en su pieza.

Mientras intentamos hacer un escáner de las cosas que tiene y preguntamos por algunos objetos o cuadros que a nosotras nos hicieron viajar en el tiempo, menciona que había comprado una maleta de Barbie de los años ‘60 llena de ropa, y en nuestros corazones algo resonó y

volvimos a ser las niñas que jugábamos con estas muñecas. Estábamos sintiendo en carne propia todo lo que nos había contado Felipe.

“Sería muy lindo que se pudiera compartir más, porque para Felipe no es una colección privada, le gusta mucho que más gente pueda verla. También te deja jugar con las cosas o te muestra las nuevas, no es una colección lejana. Le gusta compartirla al máximo”, dice Ana. Le gustaría que otros sintieran las mismas emociones y sentimientos que ella misma ha confesado sentir con las cosas que guarda el Feli.

Pasamos al galpón de los muebles y entre risas Felipe dice que este es el más “pelolais”, porque están de moda los muebles antiguos y que todo es caro, que ni siquiera preguntemos. De pronto nos topamos con un puesto que parece más una performance artística, tiene cosas en movimiento y parece una máquina. Nos detenemos y Felipe saca una tablet para sacarle fotos y grabarlo, lo tiene impresionado.

Pareciera ser que la colección es algo que le resuena en los huesos y en el alma. El por qué es difícil de encontrar, sin embargo, él lo explica sencillo: “Siento que los objetos debiesen tener un lugar especial, estar todos juntos, que no queden olvidados por ahí, en alguna casa o en la basura, me da pena que estén solitos”, nos dice evidenciando la característica que lo vuelve más especial, parecida a la sensación que tiene un niño o niña cuando tiene un juguete favorito y no se atreve a dejarlo solo por miedo a que algo le pase.

Felipe siente que tiene una misión y así mismo piensan sus amigos. Su padre dice que le gusta mucho su colección porque el Feli “aprecia mucho las cosas”. Ana cuenta que a Felipe le produce una felicidad tremenda y que le gustaría compartirla con el mundo, “ojalá se haga cargo de una fundación o una ONG para que lo ayuden a limpiar y ordenar, sería bonito que se convirtiera en un museo real”.

Felipe cuenta que tiene planes de irse a vivir fuera de Chile. “Guardaría y embalaría bien todas las cosas en una bodega y me iría. Mi pieza representa una especie de ancla acá. A veces pienso que no necesito las cosas, puedo olvidarme de todo esto, pero en realidad es bonito

juntarlas”. Probablemente donde fuera que se instale, crearía una nueva colección. Manuel relata: “el Feli dice que la feria es su pasión, me dice que se siente realizado cada vez que encuentra tesoros”.

Terminando nuestro recorrido, Felipe aprovecha de comprar cosas de librería que necesitaba y dice que al menos tiene cosas útiles. Al parecer no fue un buen día para la colección, pero su ánimo sigue intacto, porque ésta sólo le trae cosas buenas, no siente frustración, ni se enoja. Con el relajo propio de él, nos vamos alejando de los galpones y de los puestos, se despide de nosotras como si fuéramos unas amigas a las que verá pronto y se aleja entremedio de la gente en su bicicleta.

OTAKU DE CLÓSET

*“Para protegernos del miedo a morir,
para satisfacernos con placeres,
hemos creado un paraíso”*

Neón Génesis Evangelion

Es una tarde calurosa, de esas que son eternas para los adolescentes de vacaciones, donde lo único que queda por hacer es ver tele. Desde el aparato un niño de ojos grandes y pelo amarillo la cautiva, la atrapa. Nadie se lo mostró, nadie le contó, fue su propio descubrimiento; descubrimiento quizás azaroso que lo cambió todo. Porque no sólo le abrió una puerta, sino que le mostró una cultura completa, una que no puede esperar a conocer.

El primer capítulo de Naruto comienza con la pelea entre un zorro de nueve colas y una aldea. Una voz solemne va narrando los males que causa el enemigo, hasta que finalmente un ninja o shinobi logra matar al zorro, pero encerrando el espíritu en un cuerpo humano. Se muestra a un bebé y corte.

Los que la conocen no lo dudan: “La Gabriela siempre fue especial, distinta a las demás niñas, extrovertida, inteligente y rebelde. No muy diferente a como es ahora”. Gabriela tiene el pelo largo, rubio decolorado con algunos mechones de su castaño claro natural. Vestida de negro se enfatiza el contraste de su piel blanca y un bindio punto decorativo en la frente. Tiene varios tatuajes y confidencia que sólo uno -el último que se hizo- es de anime. “¿En serio me voy a tatuar un mono chino, de verdad me voy a hacer esto?”, se preguntó.

El anime llegó a Occidente alrededor de los años ‘70, de la mano de series como *Marco, Candy y Heidi*, que vinieron a cautivar a un grupo de niños que no estaba acostumbrado a este tipo de animación. Sin embargo, fue en los ‘90 que tomaron fuerza, a través de las ya mundialmente conocidas series *Dragon Ball Z, Sailor Moon y Los Caballeros del Zodíaco*, entre tantas otras. Aunque Gabriela reconoce que, como muchos, vio esas series, no tenía la edad suficiente, en ese momento, para adoptar un estilo de vida congruente con ellas. “Igual es bacán,

porque todo lo que me gusta ahora hubiera sido la perdición social para un niño o niña de los ‘90, pero ahora es *cool*”.

Rostros tallados en una montaña, muy parecidos a los del Monte Rushmore de Estados Unidos, son pintadas y profanadas por un niño de 12 años, con el pelo amarillo, grandes ojos y un traje naranja. Un aldeano va a contarle la travesura del niño al maestro del lugar. Éste, sin sorprenderse, sabe que nuevamente el culpable es Naruto.

Gabriela Henríquez tiene 19 años y estudia Pedagogía en Filosofía en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE, mejor conocida como Pedagógico. Se define a sí misma como una “*otaku de clóset*”, ya que nada en su exterior hace sospechar el gran fanatismo que siente y lleva por la cultura japonesa, reflejado desde la animación.

“Tenía como 13 años y en el Cartoon Network estaban dando un especial de *Naruto*, yo no tenía ningún acercamiento más allá de haber visto *El Club de los Tigrillos* o el canal etcTV”. Ese especial de *Naruto* fue la ventana que necesitaba para entrar a un mundo que parecía estar destinado para ella, porque, aunque todo parecía indicar que de una forma u otra Gabriela iba a pertenecer a este grupo, ella está orgullosa de haberlo descubierto sola.

“Me lo podrían haber mostrado, pero no fue así. De todas formas, creo que hubiera llegado igual, porque mis amigos y amigas ya veían anime. Agradezco eso, porque cuando les conté que me había gustado *Naruto*, me recomendaron millones de series más”.

Su sensei en la escuela de ninjas lo obliga a limpiar el monumento, pero a Naruto no le importa demorarse, nadie está esperándolo. Días después fue el examen final y fue el único que no aprobó. Para “ayudarlo” otro profesor lo incentiva a robar el libro sagrado de la aldea, el que contiene los trucos prohibidos, sin embargo, todo fue parte de una trampa para que este profesor pudiera matarlo para quedarse con el libro, ya que Naruto era rechazado por la aldea y a nadie le importaría su muerte. Pero el sensei logra ayudarlo y le cuenta que él es quien tiene el espíritu del zorro de nueve colas y por eso todos lo apartan del lugar. Finalmente, Naruto logra salvar al sensei del enfrentamiento con el profesor malvado y por su proeza es ascendido a ninja.

Mientras Naruto y su sensei se abrazan, este último piensa en que ésta es la primera de las muchas aventuras que vendrán.

Punto de quiebre

“De repente entro a la pieza y la veo llorando a mares frente al computador, la miro como preguntando qué onda y me dice, nada, son los monitos”. Así fue como Carmen Gloria Urtasun, madre de Gabriela, se fue dando cuenta de que “los monitos” que su hija veía no eran sólo una entretención momentánea.

Gabriela es la menor de tres hermanas, con las que tiene una gran diferencia de edad, de casi 10 años. Sus padres son separados y actualmente vive sola con su madre. “La Gabriela siempre fue bien especial, de las tres ella siempre fue diferente, mucho más especial en el sentido de sus gustos, modas, formas de vestir. Siempre preguntando el por qué de los por qué, muy inquieta”.

Evangelion parte con su opening característico, para dar comienzo a la historia. Situada en 2015, en una ciudad acabada, se ve a un adolescente de 13 años llamado Shinji. Mientras habla por teléfono ve cómo un ser gigante empieza a atacar la ya destruida ciudad. Mientras titubea, es rescatado en un auto por una joven, quien tiene la misión de llevarlo a un lugar.

Gabriela no pasó por las típicas modas adolescentes que por periodos parecen teñir la ciudad, no era la típica niña, mucho menos cuando fue adolescente. Su infancia y adolescencia las narra a través de episodios o hechos específicos. Su vida pareciera estar fragmentada en recuerdos puntuales, cosas que la marcaron y que la transformaron en lo que es.

Sus hermanas, mucho más cercanas en edad entre ellas, se llevaban bien, eran *partners* y la Gaby quedaba sola, obligada a inventarse mundos imaginarios, plasmados en sus dibujos. Se refugiaba en la lectura, que tanto le entregó y que inspiró a estudiar la carrera que eligió. “Siempre me gustaron las novelas, el seguir una historia, creo que está ligado con el anime también, no puede ser casualidad”.

Su mamá dice que su primera “obsesión” fue justamente eso, “Leía por horas y sola, sin que nadie la obligara, desde chiquitita pedía libros”.

Sus hermanas, en cambio, como complementándose, seguían las modas, quizás un poco más permeables que Gabriela. Por eso mismo, a pesar de ahora llevarse bien, en esa época la molestaban: “La molestábamos no por el anime, la molestábamos porque era la hermana chica, es lo que hacen las hermanas, supongo”, dice entre risas Daniela Henríquez.

Después de ese especial de *Naruto* conoció al “Carva”, un amigo que estaba muy involucrado con el mundo de la animación —él se encuentra actualmente en Japón- y con el que pudo conversar sobre el tema. Y así como da las gracias por la generación a la que pertenece, ya que en tiempos anteriores sus gustos la hubieran conducido a la “perdición social”, también agradece lo fácil que fue llegar al anime debido a internet. “En el fondo no gasto nada para poder verlo, sólo tiempo, mucho tiempo”.

Sin embargo, fue sólo una serie la que logró hacer el punto de quiebre en su vida, una serie que según Gabriela es un antes y un después, no sólo en su vida ligada al anime, sino que en su vida en general. Una serie que rompió sus esquemas y su forma de entender el mundo.

“Fue como leer un buen libro, te mueve tus casillas, te saca de la zona de confort, te preguntas ¿qué está pasando aquí?, te hace pensar y cuestionarte todo”. Así describe Gabriela haber descubierto *Evangelion*. “Es la típica imagen del anime, es psicológico, la serie insigne del cyberpunk psicológico. Te muestra un futuro catastrófico, donde todo está mal y hay que salvar la humanidad, sin finales felices”.

Neon Genesis Evangelion, conocida popularmente como *Evangelion*, narra la historia de un mundo futurista en el que una organización paramilitar llamada NERV protege a la humanidad de los ataques de seres de origen desconocido, llamados dentro de la serie “ángeles”. Para esta tarea utilizan mechas humanoides -que en ciencia ficción son un vehículo de gran tamaño manejado por uno o más pilotos, que se diferencian de los robot porque estos últimos se mueven por cuenta

propia- llamadas EVA (abreviatura de *Evangelion*). El anime cuenta con 26 episodios que fueron transmitidos por primera vez entre octubre de 1995 y marzo de 1996.

El género que alberga a esta serie es el cyberpunk, un subgénero de la ciencia ficción conocido por su enfoque en un futuro distópico con alta tecnología y bajo nivel de vida. El nombre viene de la combinación de las palabras cibernética y punk, y mezcla ciencia avanzada con un grado de desintegración o cambio en el orden social.

Evangelion fue ese punto de quiebre y fue a través de esa serie que Gabriela entró a este mundo. “Llegué por internet, las típicas recomendaciones, y amigos también hablaban mucho de ella. Cuando me metí a verla quedé rayando desde el capítulo uno, muy mal, al punto que llegué a hacer *cosplay* (juego de disfraces en que se representa a un personaje). El único *cosplay* que haría y he hecho es de *Evangelion*. De a poco entré en ese mundo, empecé a ir a convenciones y conocí mucha gente que tenía los mismos intereses que yo”.

Esta serie fue emitida por Chilevisión el 2001, por lo que su nombre no parece ajeno. Automáticamente vienen a la mente vagos recuerdos de los trajes futuristas, los pelos de colores extravagantes y robots. Así como Gabriela llegó a través de internet, para muchos la puerta de entrada fue la televisión abierta durante mucho tiempo, que trajo a Chile animes como *Pokémon*, *Digimon* y *DragonBall*, series insignes de una generación.

Después de *Evangelion* el abanico se abrió para Gabriela. “He visto tantas series que no podría nombrártelas todas ahora”, dice. Justamente esa es la preocupación mayor de su madre, el tiempo que invierte su hija en ver anime. Porque en eso Gabriela es enfática: a pesar de caer en la costumbre de decir que pierde el tiempo, lo niega profundamente, “siempre es muy enriquecedor para mí, es tiempo bien invertido, sin ninguna duda”.

“Los monitos estos, los anime, a mí no me molestan, yo estoy súper abierta y cada uno tiene sus gustos, pero lo que sí siento es que entra demasiado, la envuelve mucho, puede estar horas viendo las famosas series, no se cansa y se lo llora todo y se ríe. Me preocupa que se queda

hasta las tres, cuatro de la mañana por los monos, yo no sé a que hora estudia o hace sus trabajos”, comenta Carmen Gloria mientras cruza miradas con su hija.

Carmen Gloria, como tratando de entender, lo compara con las teleseries que ella ve, haciendo una especie de símil para comprender eso que ocupa el lugar más importante en la vida de su hija, eso que para sus ojos son sólo monitos, pero que para Gabriela se traducen en su mayor pasión, su mayor interés.

Su madre lo analiza: “si la Gabriela hubiera empezado en esto desde muy chica, quizás me hubiera preocupado más, porque ella, aunque es muy joven aún, tiene el criterio formado. Yo no he visto los monos, pero sé que hay mucha sangre y violencia, también cosas románticas y bonitas, pero en un niño o niña chica, que no tiene el criterio formado, lo encuentro complicado”.

Gabriela siempre hace la comparación. “Oye, podría estar metida en las drogas o el copete, pero me gusta el anime, es una afición súper sana”. Cuando se junta con sus amigos, la gran mayoría de las veces lo hacen para ver series, es su panorama ideal. Francisca Sepúlveda, amiga desde el colegio, a quien Gabriela introdujo en este mundo, lo relata: “Es como cuando la gente se junta a carrear, nosotros nos juntamos a ver anime, el final de alguna temporada o el estreno de una serie, y cuando termina el capítulo ponemos música japonesa”, dice riendo.

Carmen Gloria pone los ojos en blanco y cuenta que cada vez que Gabriela se siente muy presionada por el resto del mundo, se refugia en eso. “Mamá, podría estar en una esquina drogándome, pero estoy aquí en la casa, contigo”, le dice.

Francisca entró a este mundo hace poco y fue gracias a Gabriela, quien le insistió que viera la serie *Shingeki no Kyojin*, “es que es demasiado buena, no podía perderse algo así”, cuenta Gabriela. Cuando se juntan las dos, siempre terminan viendo anime. “Nos echamos en la cama, traemos algo para comer, porque siempre tenemos que tener algo para comer, y vemos una película o serie”.

Además de las series, Gabriela disfruta también con las películas y los mangas, aunque confiesa que a estos últimos es mucho más difícil acceder, debido a los altos precios. Sin embargo, el único manga que tiene es justamente de una película, *Akira*, de la cual tiene la edición de lujo.

Mientras el ángel sigue atacando la ciudad, se ve una sala con militares intentando lidiar con la situación. Por otro lado, la joven llamada Misato le cuenta a Shinji que es su padre quien lo mandó a buscar. Se sorprende, ya que, tras la muerte de su madre, cuando era un niño, su progenitor lo abandonó y no lo volvió a ver.

Nihon no seikatsu o Viva Japón

Francisca hace la aclaración: “la Gabriela tiene un fanatismo más allá de sólo ver las series. Ella, al igual que el “Carva”, tiene y siempre ha demostrado un gran interés por Japón y su cultura. A mí me gusta ver las series, pero no de la misma forma que la Gaby, para ella va más allá de la mera entretenición”.

Gabriela reconoce que el anime ha permeado su vida. “En una época me entró la obsesión por los ojos grandes, que son muy de animación. Hay unos lentes de contacto grandes, que nunca he tenido, pero me encantan, nunca he tenido la plata para invertir en ellos, pero si pudiera comprármelos, les juro que andaría así todo el día”, cuenta, como dejando entrever lo obvio.

Cuando llegan a las instalaciones de lo que podría ser una base militar, Shinji se reencuentra con su padre, quién es el encargado de los EVA, es decir, de estos vehículos gigantes con vida propia. Le cuentan que él debe ser el tercer piloto de una de estas máquinas. Shinji, consternado, les responde que no puede hacerlo, que no será capaz. Enojado, su padre dice que traigan a Rei, otra piloto que se encontraba aún en recuperación, para que reemplace a su hijo.

“Mi primer acercamiento con la cultura japonesa fue a través de un documental de Vice, pero siempre desde la animación, como las escolares en Japón, que es un tema muy particular de

la animación, o después del Bosque de los Suicidios, el Monte Fuji y partes turísticas, así empecé. De hecho, uso mucho de mi tiempo de estudio en ver cosas japonesas, *youtubers* que están en Japón y cómo es la vida allá”. Gabriela confiesa que al igual que le pasa con el anime, todos estos videos son como una trampa: “me siento en el computador teniendo que hacer miles de trabajos, pero si hay algo que me llamó la atención, tengo que verlo”.

Gabriela descubrió hace poco, por ejemplo, el mundo de las geishas. “Para mí las geishas eran prostitutas, esa era mi visión, pero viendo un documental quedé alucinada y no podía dejar de verlo”. Como sabrán quienes acostumbran ver videos en Youtube o Netflix y sus derivados, es muy sencillo caer en el espiral de ver el capítulo siguiente o recibir una recomendación sobre algo que podría ser de la preferencia de quien está viendo, por lo que no parece extraño lo que le pasa a la Gaby. Sin embargo, la decisión de dedicar gran parte del día -o la noche- es lo particular, sin importar las otras prioridades.

En general, la gente tiende a catalogar a quienes son fans del anime como *otaku*. Si bien el término nació en Japón, la palabra se internacionalizó, tal como lo hizo el animemismo y en Occidente ya es ampliamente conocida. Sirvió para nombrar a esta subcultura que en un principio no era entendida. Fue la forma que encontró este lado del mundo para darle sentido a ese grupo de jóvenes (en ese entonces) que extrañamente se interesó por una cultura tan diferente, y para volverlo aún más extraño, canalizado a través de monitos.

La Gaby no duda en definirse como *otaku*. Sin embargo, como toda una experta, aclara: “en Japón es algo burdo ser *otaku*, es súper mal visto, porque es estar muy obsesionado con cualquier cosa, armas, guerra, historia, lo que sea, pero de forma negativa. En Occidente, en cambio, la adoptamos y se la decimos a la gente que le gusta mucho el anime, por eso si lo vemos de ese lado, me da lo mismo decir que soy *otaku*, porque efectivamente lo soy, pero allá no podría decirlo, me mirarían horrible”, cuenta catalogando la aclaración como el “dato *freak*” e intentando explicar la diferencia de percepción que existen entre estas dos partes del mundo.

Al ver a Rei, la piloto, en un estado crítico, Shinji duda si tomar su puesto. Pero el ángel ha descubierto la base militar y la ataca, lo que produce un gran remezón en el edificio, poniendo el

peligro la vida de todos. Shinji, a punto de ser aplastado por un pilar, es salvado por el EVA que sería manejado por él. Todos se sorprenden, ya que aún no estaba prendido.

Buscando el por qué

Daniela, su hermana, no recuerda si hay un momento específico en que Gabriela comenzó a ver anime, sólo sabe que de repente saluda con palabras en japonés o se despide con ellas. “Estamos hablando y te dice *arigato*, es chistoso, siempre nos está hablando de sus series, yo no sé mucho, pero ella siempre me cuenta y hay algunas que son súper emocionales, la hacen llorar y todo, es ‘cuático’ el efecto”.

Al igual que su madre, a Daniela le preocupa que las series de anime le afecten demasiado, porque a pesar de saber que la Gaby tiene la edad suficiente para no permitir que la sobrepase, cree que a veces la carga emocional es mucha, sobre todo cuando ve varios capítulos seguidos.

Francisca, en cambio, cree que el anime es parte de su esencia, y que si bien hay animes que son muy profundos, no deberían afectarla más de lo necesario. “Siento que la Gaby desenvuelve muy bien sus emociones a través del anime. De todas formas, depende netamente del tipo que sea, porque eso se va a encargar de cuánto sea realmente lo que te toque”.

Quizás sea por haber compartido gran parte de su vida sólo con mujeres, tanto en su casa como en el colegio, o sólo en respuesta a una lucha social de la que se sabe cada vez más, pero Gabriela se define a sí misma como feminista y no tiene ningún reparo en manifestarlo abiertamente a través de sus tatuajes, forma de comunicarse, redes sociales y todo aquello en lo que puede expresarlo. Tal vez por eso la idea de una figura femenina súper poderosa la atrae, más aún representada en lo que más placer visual le entrega, la animación.

Sólo ha visto dos series en las que actúan personas reales, *Mr. Robot* y *Vikings*, ambas actuales, pero no le producen lo mismo. “Nunca he caído en la comparación, porque creo que tienen otras cargas, ver series con personas tiene un peso muy diferente a ver series de animación, aunque se traten de lo mismo. La animación tiene ese espacio para caer en la fantasía y aun así

creerlo, puedes ver personas volando, tirando poderes y va a seguir siendo creíble, pero en una serie de personas no podrían hacer lo mismo”.

Tras este incidente y ver a la otra piloto muy grave, decide embarcarse en la misión de atacar al ángel y así poder salvar la ciudad y la humanidad en su conjunto. Comienza el ending, canción que, en este caso, está en inglés, dando inicio a las aventuras que vivirá el protagonista, pero también los demás personajes. Entre ellos, Rei y Asuka, segunda piloto en cuestión, quien es el personaje favorito de Gabriela.

El motivo de afición pareciera no tener una explicación concreta, pero ahora, y con un pensamiento un poco más maduro que el de los 13 años, cree que puede estar en el fenómeno cultural que tiene Japón. “Es impresionante la forma de vida y cómo se puede ver reflejado en la animación. Cuando era chica no tenía este tipo de reflexiones, a medida que fui creciendo me fui dando cuenta que Japón, como sociedad, tiene algo muy interesante que decir a las otras sociedades. Ahí recién, cuando me di cuenta de eso, empezó mi fanatismo muy muy ‘brígido”.

Japón es una sociedad capitalista extrema, donde la sexualidad no se ve en la cotidianeidad, “la sexualidad se compra, todo es sintético, la gente paga por cariño y afecto, eso me genera una intriga demasiado grande. El anime refleja falencias paternas, niñas chicas muy erotizadas, entre otras cosas, yo siento que sobrepasé ese límite y me dije que quería saber más, empecé a leer libros relacionados, siempre desde la animación. Pudo haber partido de otra forma, pero partió por el anime y sé que va a seguir desarrollándose desde ahí”.

Si bien, no es difícil adentrarse en la cultura e historia de Japón a través del anime, ya que muchas series están basadas en mitos, leyendas, hechos históricos japoneses, son pocos quienes dan el salto de ver los dibujos animados a interesarse y querer ir al país, por la lejanía geográfica y cultural, sin embargo, para Gabriela el interés por el anime y Japón siempre estuvieron ligados.

Por eso, el mayor sueño de Gabriela es viajar a Japón, para poder conocer en directo el lugar donde nacen y se inspiran las series que tanto le gustan y así reconocer en terreno si sus

teorías son reales: “llevo dos años juntando plata para irme, y cuando lo haga no va a ser por un tiempo corto, mínimo me voy a ir cuatro meses, pero es caro, me falta aún”.

Le preguntamos por el idioma, pero para Gabriela es fácil: “es chistoso, pero en internet hay todo tipo de cosas, busqué un blog para poder aprender el idioma y en eso estoy. Igual sé que estando allá no voy a poder comunicarme fluidamente, pero puedo sobrevivir”.

Gabriela reconoce que, a pesar de sentirse afortunada por nunca haber sufrido ningún tipo de hostigamiento debido a sus gustos, sabe que no es algo tan descabellado el que a algunos niños o niñas las consideren “raras” por internarse en este mundo. “Si lo piensan, es algo muy individual, eres tú frente al computador. Ahora que estoy más grande es algo que de repente hago con mis amigos y amigas, pero en general es algo que haces sola, entonces te aíslas, y eso, en la adolescencia, puede ser fatal”.

Tal vez el ser contemporánea sea lo que la ayude, pero la que pareciera entenderla de mejor manera es Francisca, que la describe como “una mujer extrovertida, muy inteligente y apasionada con sus ideales, le gusta estar alegre y alegrar a la gente, tiene la energía suficiente para estar siempre bromeando y en armonía. Por eso el anime es su esencia, porque ahí encuentra lo que ha sentido y quiere sentir”.

Su hermana, Daniela, sabe que éste no es un gusto momentáneo, sabe que sin importar lo que pueda pasar, Gabriela va a seguir viendo anime. Su madre también lo reconoce de ese modo, “dentro de todo, es una afición súper sana, y todos sabemos que si queremos ser parte de su vida tenemos que aceptarla con eso. Lo único que me preocupa es que no la afecten demasiado”.

Gabriela sabe que es complicado de entender, aún más para las generaciones que están antes que ella, pero se esfuerza por explicarlo. “Es algo que va más allá de lo visual, porque en algún momento se rompe la barrera de que lo que estás viendo son monitos animados y realmente te emocionas, porque todos buscamos que nos muevan, como cuando vas al cine en busca de una buena película, siempre hay un punto en que empatizas con la emocionalidad reflejada”.

La Gaby cuenta con ansiedad que está histérica por el anuncio de la cuarta y última película de *Evangelion* y confiesa que una vez fue con su grupo de amigos y amigas al Cine Arte Normandie a ver una maratón de las tres películas ya estrenadas. “Estuvimos todo el día en el cine, con pausas cortas para películas de dos o tres horas y no fuimos los únicos, la sala estaba llena”.

Quizás justo eso es lo que refleja de mejor forma el fanatismo, porque sucede justo al frente de nuestras narices, en un cine en el corazón de la capital, sala llena, porque al parecer no están tan “adentro del clóset” como nos quiere hacer creer. Ya no son un grupo aparte, el anime se socializó a través de internet y ya no es necesario ser *freak* para poder disfrutar de él, ni tampoco se castiga a quienes lo ven, porque se ha vuelto cada vez más cotidiano.

La animación japonesa ha ido en aumento en su popularidad, porque hay un rescate de las historias, narrativa y la representación que se puede hacer a través de dibujos animados. Películas como *El Viaje de Chihiro*, *Mi Vecino Totoro* y *Princesa Mononoke* han calado más allá del nicho que rodea al anime. Y probablemente sea gracias a los guiones originales, que son difíciles de encontrar en el espectro de Hollywood.

Gabriela cuenta que muchos ensayos o trabajos que tiene que entregar en la universidad, los toma por el lado del anime y no ha tenido problemas, lo que refleja que se ha instalado en nuestra cultura colectiva y ya no es ajeno para nadie, incluso para las generaciones más antiguas.

La cercanía con el anime ha hecho que personas que no se consideran a sí mismas como *otaku* puedan disfrutar de la animación japonesa sin prejuicios, por lo que ahora el *merchandising* japonés no es ajeno y se hace más común, lo que hace visible que esa cultura oriental se ha ido integrando poco a poco a la nuestra y que llegó para quedarse, por lo menos en el corazón de Gabriela.

“EN OKLAHOMA ES ILEGAL SACARLE UN MORDISCO A LA HAMBURGUESA DE OTRA PERSONA”

*“Yo disfruto a fondo con la comida. Sueño con ella.
A veces me gusta tanto algo, que no puedo esperar a tragar
y ya estoy encima del siguiente mordisco,
incluso con dificultad para respirar
(por favor díganme que a ustedes les pasa también... ¿cierto?)”*

365sánguchez

Día 1: Berlusconi, el mismo nombre del polémico ex Primer Ministro de Italia, fue el sándwich con el que Felipe Sánchez inauguró su guía gastronómica. “Es el sándwich ícono de Arbequina. Y hay que decir que le hace honor a su nombre: productos de origen italiano, frescos como Silvio”, escribe en la primera entrada de su blog. El plato obtuvo cinco de un total de cinco narices de chanco, la particular forma que tiene para evaluar los platos a los que se enfrenta.

La primera foto marcó el estilo de las que vendrían. El sándwich en primer plano, él un poco más atrás. El plato como protagonista, pero peleando el puesto con los grandes y azules ojos de Felipe. Siempre contento y asombrado, como si fuera la primera vez que va a probar un sándwich.

Este es el primero y aún le quedan otros 364 sándwiches que degustar. Su premisa es simple, comerse un sándwich al día por un año. “Una de las cosas que más me motivan en la vida es la comida, pero de gordo lechón que soy. Hablo de comida, me gasto mi sueldo en comida, escribo de comida, le saco fotos”, cuenta Felipe.

Es toda una proeza entrar al blog de Felipe, *365sánguchez.com*, sin salir con ganas de comerse el mundo. Este sitio tiene aproximadamente dos meses, pero a su creador la idea le estuvo rondando en la cabeza cerca de un año antes de “tirarse a la piscina”.

Día 8: Diversidades del Perú: Cuando el sabor no lo es todo. Desconfío cuando veo restaurantes que venden una mezcla de platos de muy distintas técnicas. Los típicos locales que

ofrecen sushi, hamburguesas y pizzas, me advierten que no puede ser bueno en todo. Bueno, aquí podría pasar algo similar, porque tienen 25 variedades entre sándwiches y hamburguesas, varias pizzas, platos tradicionales peruanos como el Aji de Gallina, el ceviche y el tallarín saltado y un par de entradas.

Las comidas en su casa las recuerda contundentes. Felipe tiene 27 años, es ingeniero comercial de profesión y el menor de siete hermanos, y rara vez recuerda una ensalada sobre la mesa. Las comidas volaban, pero como era el más chico siempre fue el que menos comía. Sin embargo, fue adquiriendo el gusto por ir reconociendo los olores y sabores para así mejorar sus platos.

“Desde chico siempre fue muy gourmet, comía sándwich, tenía como tres años y les echaba mostaza, algo que en general a los niños no les gusta y después decía: ‘oh, podría echarle esto o esto otro’”, recuerda con risas Jaime Sánchez (37), su hermano regalón, el cómplice, mientras recuerda las anécdotas de Felipe, dejando al descubierto que la fascinación por la comida, por la buena comida, viene desde siempre.

Felipe reconoce que fue un niño gordo hasta que finalmente se pegó el estirón y ahí recién adelgazó. “Felipe era gordito, pero porque le encantaba comer. Cuando guagua le gustaba oler todo, incluso las cremas de verduras, que son lo más fome que hay. Dejó de comer tanto cuando los hermanos lo empezaron a molestar mucho”, confiesa Rosita Barceló (67), su madre.

Además de ser abundantes, las comidas en su casa y las onces en sus vacaciones eran famosas en el balneario de Santo Domingo. Jaime recuerda que la variedad de comidas era interminable, y siempre les daban en el gusto. “Había completos, churrascos, tacos, nuestros amigos siempre iban a tomar once a nuestra casa, porque eran muy ricas. De hecho, nos dejaban la misma comida que había en la tarde para el ‘bajón’. El Pipe llegaba con todos sus amigos después del ‘carrete’ a la casa, se comían todo y se iban”.

La relación con la comida, de forma natural, fue creciendo en calidad y disminuyendo en cantidad. Para Felipe su panorama ideal es salir a comer, porque si bien cocina y lo hace con

recetas elaboradas, pareciera no gustarle que todo su esfuerzo desplegado se acabe en alrededor de tres minutos, porque nos confiesa que se demora una canción en tragarse el plato.

Pipe se define como una persona sibarita, la comida es su gran motor y ahora, de mayor, puede reconocer que si bien el sabor es un factor importante, la comida le entrega otras cosas; “todos los días salgo a comer y conozco nuevos lugares, creo que uno puede conocer las culturas locales a través de la comida”.

Para él es importante ese componente, poder recorrer una cultura a través de su historia, pero también a través de sus comidas. Y se nota, porque en su pieza sobresale una repisa atiborrada de libros, de los cuales un 99% son sobre comida, de distintos países y de distintos tipos.

La comida no sólo le ha servido como puente para conocer otros lugares, sino que para conocer otras personas, y así lo confirma Emilia Daiber (26), compañera de trabajo de Felipe, quien dice que la amistad entre ellos surgió inmediatamente y que la comida fue una parte fundamental en sus conversaciones y panoramas. “Quizás en la primera o segunda conversación nos pusimos a hablar de comida, porque yo soy una fan empedernida de ésta, no sé si de los sándwiches en particular, aunque (Felipe) me ha llevado por el mal camino, pero sí hablamos mucho de comida, nos juntamos hartito a almorzar. También lo acompaño a comer sus sándwiches y podemos hablar fácilmente una hora y media de comida, entre preparaciones o lugares nuevos”.

Día 18: José Ramón #277: Chile Ondero. Aprovechando que se viene el 18, y de pasadita que había una exposición del artista Santiago Errázuriz (@SantiagoErrázuriz) bastante cerca, fui justo detrás del GAM a descubrir la sanguchería José Ramón 277, en Barrio Lastarria. Por redes sociales muchos de ustedes me habían recomendado ir, y creo que calza perfecto con nuestras Fiestas Patrias y con nuestro tiki tiki ti (jaja ya filo, mejor me dedico a escribir sobre sánguches y no a las payas).

Gracias a la comida también se le han abierto otras puertas. Como muchos, Felipe es activo en redes sociales: Facebook, Snapchat, Twitter, Instagram. Y en esta última se ha situado como

un conocedor gastronómico. Cientos de personas suben fotos de comida todos los días, a cada minuto, y es uno de los tópicos más populares en internet. Los “corazones” vuelan cuando hay una buena foto de algún plato.

A punta de fotos en Instagram, Pipe se fue haciendo conocido entre su círculo cercano por conocer sobre lugares donde ir a comer y qué comer. “De hecho, los amigos lo llaman para preguntarle recomendaciones y tengo que confesar que yo también lo he hecho, Pipe siempre tiene datos buenos”, reconoce Jaime.

“Me convertí en un ‘influenciador’, pero dentro de mis amigos. De repente me llaman y me dicen: oye, estoy de aniversario con mi polola, ¿a qué sandwichería podría ir? Yo les contesto que no sean tacaños y las lleven a un restaurante (se ríe), siempre les digo dónde pueden ir”.

De manera natural vino el resto. Un amigo del colegio lo llamó y sugirió que le pusiera una nota a cada plato que subía a internet, para poder saber si realmente eran buenos o no, y como la espuma, la interacción entre él y sus seguidores fue subiendo, por lo que otro amigo de la universidad lo incitó a que escribiera una breve reseña.

Su nombre fue creciendo y de pasar a ser un “influenciador” dentro de sus amigos, ahora lo sería de manera más amplia. “Se empezó a correr la voz, me llamaron para un programa en etcTV”. En su sección tenía que recorrer semanalmente algunas “picadas” de la capital, mientras continuaba con su trabajo como ingeniero comercial en el área de marketing en una agencia de publicidad.

Su voz dentro del mundo culinario se fue haciendo más fuerte y fue creciendo espontáneamente. Recibió ofertas para que escribiera en medios y con el éxito, también vinieron los amigos, que es muy propio del Pipe. Ahora se codea con chefs y *bartenders*, quienes no han dudado en aconsejarlo y, como si hubiera estado predestinado, su nombre se empezó a asociar con comida. “Se ha especializado en algo de puro cerdo que es”, asegura Jaime, como encontrando una explicación natural a lo que vino después.

Su Instagram siempre ha sido activo y desde que se empezó a ser un poco más conocido los seguidores sólo han ido en aumento. Un día, un seguidor -algo preocupado- le dijo: “te vas a morir, te comes un sándwich al día”. Y la ampolleta se encendió de inmediato.

“Este proyecto es mi vaca morada (concepto de marketing que hace alusión a una idea o concepto que resalta del resto por la novedad), es loco que un personaje ‘público’ se coma un sándwich diario, y además será muy útil, porque vamos a hacer una guía culinaria, lo que era algo que ya estaba haciendo, sólo que lo profesionalicé. No pretendo hacerme millonario, pero me gusta mucho”, cuenta entusiasmado Felipe sobre su blog.

Pero ¿por qué sándwich, de entre todas las comidas? Chile es el segundo país que más consume pan en el mundo y es el país que más se atreve a innovar en ingredientes, cuenta Felipe. El único país que le hace la competencia es Estados Unidos, donde tienen una afición por este tipo de alimento. El Pipe cuenta que hace poco se enteró de uno de los datos más *freak*, pero “bacanes” que ha escuchado: “En Oklahoma es ilegal sacarle un mordisco a la hamburguesa de otra persona”.

La idea fue creciendo y tomando forma. Fue pidiendo ayuda y asesoramiento, porque cree que no es bueno guardarse las ideas cuando son buenas. “¿Han visto que la gente dice que si tienes una idea es mejor no contarla para que no te la roben? Yo creo absolutamente lo contrario, obvio que hay que contarla, y si alguien la hace antes que tú, entonces él o ella la merecía más”. En agosto de este año (2016) por fin se concretó y lanzó el blog *365sánguchez.com* -Sánguchez por la mezcla de las palabras sándwich y Sánchez- y desde esa fecha no ha habido día en que no se haya comido uno. Diariamente tiene que hacerse el espacio, ir, tomar las fotos -siguiendo su propio concepto-, comer, por supuesto, y escribir la crítica, lo que no ha sido fácil. “Al principio me daba miedo ponerle cinco narices de chanco a todo, porque como soy tan guatón, me gusta todo”. Afortunadamente este proceso le ha llevado a aprender más sobre sabores; el paladar se hace cada vez más crítico si se tiene más experiencia. Reconoce que le cuesta ser pesado, pero si quiere que resulte sabe que tiene que poner malas notas o, en su caso, pocas narices de chanco, para ser lo más fiel con sus lectores.

Día 23: Chipe Libre: El pisco es chi-peño. En general, mis reuniones de pauta en TVN terminan como a las 12. Sin embargo, hoy nos soltaron antes, así que con la Emilia Daiber (@emiliadaiber) quisimos caminar hasta Lastarria, aprovechando que el día estaba rico. Cuando llegamos, muchos de los locales estaban cerrados. Pero había uno abierto que siempre había querido conocer: el Chipe Libre, la República Independiente del Pisco.

Si bien 365sánguchez ocupa gran parte de su vida, su trabajo a tiempo completo es de notero en un programa franjeado en TVN llamado *Por ti*, que se emite en las tardes. Buscan solucionar conflictos personales, desde quiebres amorosos a peleas familiares. Junto a su compañera Emilia Daiber son denominados “soldados del amor”, ya que son ellos quienes tienen que interactuar con la parte conflictuada.

“De hecho, trabajo con mi hermano Cristián (Sánchez), él es animador. Yo lo recomendé, yo ya había firmado, pero faltaba el animador y lo traje, así que me debe una (se ríe)”. Felipe dice ser muy “busquilla”, y a pesar que su hermano es un animador reconocido, siempre le consigue auspiciadores o eventos. Gracias a su profesión siempre se ha relacionado con muchas marcas, pero tienen una especie de contrato, en donde Felipe le asesora el área comercial y la manera en que Cristián le paga es invitándolo a comer. Todos ganan.

Felipe parece correr todo el día y ahora que sumó comerse un sándwich diario, éstos parecen más cortos. Afortunadamente, las invitaciones a distintos proyectos relacionados con el mundo culinario no le faltan, pero con pesar ha tenido que rechazar varios, porque nunca pensó que el blog le consumiría tanto tiempo. “Desde que empezó con lo de los sándwiches no lo vi más. Va a comer y después tiene que escribir la crítica, ya no lo veo nunca. Antes venía siempre a almorzar, porque le queda cerca del trabajo... Estoy que pongo una sandwichería para que venga”, cuenta medio en broma y medio en serio su madre, quien ha notado la ausencia de su hijo menor y sabe que ésta se prolongará por un largo periodo.

Su idea, además, es almorzar con 365 amigos. ¿Tienes esa cantidad de amigos? le preguntamos. Lo piensa y responde que sí o eso espera, dice que también le sirven personalidades

gastronómicas y cree poder lograr esa meta. “Nadie es monedita de oro, pero juro que no he conocido a nadie al que le caiga mal el Felipe”, describe Jaime.

Como su agenda es apretada, cuando nos juntamos con él nos pide que lo hagamos en sándwichería. Por un tema logístico fuimos a La Gloria, en Providencia. Con problemas para saber qué desea ordenar le pregunta a la mesera:

-¿Cuál es el más rico para ti?

-La especialidad de la casa es el sándwich de lomo saltado

-Confío en ti, si no me gusta te voy a decir -bromea Felipe.

-Pero mi favorito es el de chicharrón -aclara rápidamente la garzona.

La duda azota nuevamente a Felipe, pero finalmente se decide por el lomo saltado acompañado por una chicha morada, mientras cuenta que la comida peruana es por lejos su favorita.

Día 32: Sándwichería Metropol: ¡Apriétame fuerte! Me costó, pero finalmente me fui por el “Departamental” (grande Colo-Colo!!). Prieta chilena artesanal a la plancha con pebre, crocante de papas hilo y nueces tostadas... WENO!!!! Sé que la prieta no es algo de gusto muy popular (a mucha gente le da asco pensar que es sangre coagulada lo que pasa entre sus dientes), pero me declaro un fanático de ella. Tanto, que he pensado seriamente en abrir el Fan Club Oficial de la Prieta chilena. ¿Quién se suma?

Su amiga Emilia admira su pasión. “Encuentro increíble el proyecto, es una idea súper novedosa y pionera, y es doblemente meritorio porque se ha movido hartito. Lo encuentro digno de admiración, lo digo desde la vereda de la verdad, no de la amistad”. Porque si hubiera que analizarlo, lo cierto es que hay que tener un gran poder adquisitivo para comer lo que Felipe come, y aunque ni él ni su familia han tenido nunca problemas económicos, aun así parece extraño que nadie cuestione todo el dinero invertido, ni mucho menos la frase sobre gastar todo el sueldo en comida.

Cuando intenta sacar la cuenta de cuánta plata gasta realmente, Felipe reconoce que “por ejemplo, hoy día vine a comer por el proyecto, pero en la noche voy a salir a comer por panorama, y mañana tengo un asado, entonces es mucha plata”.

Día 44: Tip y Top: Tip y Tap, y Top. Uno de mis partners de toda la vida, Joaquín Contreras (@JoacoContreras), me estaba cobrando sentimientos porque aún no iba a comer con él. Así que, para hacerla corta, lo llamé, y le dije que eligiese algún restaurante cerca de su pega. Como trabaja en El Golf, me dijo que fuésemos al Tip y Tap. Pero no a cualquiera, si no que al Tip y Tap de San Crescente. ¿Cuál es su gracia? Pues que es el primer local de esta cadena que se ha destacado desde 1975 por su calidad de insumos y generosidad en los platos. Siempre me ha gustado muchísimo, así que me encantó la invitación (“invitación” porque me hizo la clásica de que “salí sin billetera” así que tuve que pagar yo :/ jajaj).

Felipe es una persona entusiasta. Le encantó su colegio, le encantó su universidad y le encantó su carrera. Estudió Ingeniería Comercial en la Universidad Adolfo Ibáñez. Si hubieras estudiado cualquier otra carrera, ¿te habría apasionado igual? Se ríe y dice que probablemente sí.

Felipe no hacía presentaciones en Power Point porque las encontraba aburridas, utilizaba la magia y a través de ilusiones iba hilando sus disertaciones. En su auto siempre hay títeres en el caso de quedar atrapado en un taco y así puede hacerle mini obras a los niños que van en los autos contiguos. Todas las navidades disfraza su vehículo como un reno. Le pone una nariz y orejas enormes, para que esa época del año que se ha vuelto tan estresante recupere su lado mágico y divertido.

Rosita cree que su carrera es muy acorde a él, porque pareciera que su vida es parte del departamento de marketing de alguna agencia, siempre hace cosas por lo demás y es una característica que lo ha marcado desde pequeño: “mis siete hijos son de Colo Colo, pero cuando Felipe era chico, era de la Universidad Católica igual que yo, así que yo estaba feliz. Hasta que un día se me acercó y me dijo: ‘mamá te quiero contar una cosa, ¿te importaría mucho que me gustara el Colo? Porque la verdad es que todo lo he hecho por ti’”, cuenta entre risas y la ternura que sólo una madre puede transmitir.

Con Jaime, su hermano, son muy cercanos. Dice que Felipe es una de las personas más significativas que ha tenido. “Diría que es como mi hermano, pero es mi hermano”, cuenta riendo, intentando explicar su relación con el Pipe.

Tratando de recordar alguna anécdota significativa juntos, piensa y se autocensura, porque dice que no es apta para todo público, y así le pasa con varias historias que llegan a su cabeza, pero que prefiere no contar por poco “decorosas” o porque piensa que a Felipe no le gustaría que mucha gente las supiera.

Después de varios minutos se acuerda de una que sí puede contar y que grafica muy bien cómo es el Pipe:

“Ésta se puede contar. Fue en marzo de este año, en un matrimonio de un amigo mío, pero que también invitó a Pipe, la fiesta era fuera de Santiago. Fuimos y en medio de la fiesta venía el lanzamiento del ramo y este “hueón” se fue a animar la instancia, embalado, con micrófono y todo, la novia tira el ramo y lo recibió una invitada. Hizo que subiera al escenario y la empezó a entrevistar, le preguntó si estaba pololeando y desde hace cuánto. ‘¿Dónde está el pololo?’, preguntó, y lo hizo subir a él también. Le decía, ‘oye, tu polola agarró el ramo, esto debe significar algo’. Cuento corto, el tipo se agachó y le pidió matrimonio. Y no era un carrete de amigos de él, ni siquiera era un lugar donde conociera a todos”, recuerda entre risas Jaime.

Día 55: The Crépe Café: Acierto en el Costanera Center. No es un “WOWWWW, por favor vengan, no se lo pueden perder”. Pero sí es un “si están en el mall, pasen si quieren comer rico y sano”. Uno tiene la idea de que la comida dentro de los centros comerciales en general es comida chatarra. Pero no. Ahora cada vez te encuentras con más y mejores cocinas. Incluso, hay grandes restaurantes. Pero el The Crepe Cafe tiene una particularidad. Siento que es tan rico como esos restaurantes pro, pero es mucho más rápido.

“Sinceramente creo que tengo la vida perfecta”, dice Felipe categóricamente, primero porque encuentra que tiene una familia increíble. Revela que son muy unidos, se llevan bien,

incluso tuvieron un equipo de *baby* entre todos los hermanos, básicamente porque el número los acompaña, dándoles incluso la opción de cambios.

Crecieron en una familia en donde el amor era lo primordial, así lo cree Felipe y también su madre. “Soy profundamente feliz con mis siete hombres, nunca he tenido una pelea grave con ellos, me encanta la personalidad de los siete”, dice Rosita. Felipe nunca escuchó un grito en su casa y describe a su madre como una de las mejores mujeres que existe, afirmación que al parecer no sólo responde al amor de hijo. Cuando estaba en sexto básico, en una prueba de religión le preguntaron a su curso qué persona que conocieran canonizarían y siete compañeros contestaron “Rosita Barceló”.

Rosita cree que el gran pecado que tienen todos sus hijos es que no pueden decir que no a nada y que todos evaden el conflicto, son poco confrontacionales. Jaime cree que su madre es quien ha aportado más que nadie a estas características. “Mi hijo Jaime, que es psicólogo, siempre me dice que es imposible que no me den rabia algunas situaciones, pero a estas alturas de mi vida para qué voy a andar mintiendo, de verdad es que no me da rabia”, cuenta con dulzura Rosita.

Esa misma templanza la recorre al explicar por qué anda con bastón y tiene una mano con el puño apretado. “A los seis años tuve un accidente de auto donde murieron mis dos padres y hermanos. De los siete hijos que éramos sobrevivió mi hermano mayor, que no estaba en el auto, un hermano que es un año mayor, el perro y yo. Nos quedamos los tres juntos, el mayor se hizo cargo. Ninguno nunca se cuestionó nada ni tuvo rabia, hay que aceptar lo que Dios te manda, y además mi mamá y mi papá murieron juntos, lo que siempre nos dejó tranquilos, porque era lo que ellos querían, así que nunca fuimos rebeldes, ni nada”, cuenta con una impresionante tranquilidad Rosita.

¿Y el papá? “Es un ídolo, es como Forrest Gump, Igual tengo la teoría que es un poco Asperger, en el sentido que está en su mundo, no te pesca. Si está comiendo y le preguntas algo, no responde, termina de comer y cuando lo hace recién empieza a responder algo que pudiste haber dicho hace dos horas”.

Felipe compara a su madre con la Virgen María y, más aún, cree que ella no es nada al lado de Rosita, y por el otro lado Wikipedia queda chico al lado de su padre, de quien cree es una de las personas más cultas que ha conocido. “Todos nos sentimos idiotas al lado de él, sabe mucho y además es un caballero de la vieja escuela. Se desvive por mi mamá y por el periodismo. Es muy cariñoso con nosotros, siempre que nos ve nos da abrazos y besos”.

“La relación entre mis papás igual es divertida, mi mamá es muy cuica y mi papá es ‘flaite’ de corazón, fue sapo de micro, vendió mermeladas. Es busquilla y siempre trata de no pagar la micro si es que puede y a mi mamá le da mucha vergüenza, o como se viste, también”. Dice que algo que heredó de su padre es el entusiasmo. Cada vez que un mago pide un participante en el público, Jaime padre es el primero en levantar la mano y Pipe se ve reflejado en esas pequeñas actitudes.

Cree que quizás es muy inocente, pero siempre ve el lado bueno de las cosas. Confía mucho en la vida y en la gente, le cuesta verles el lado oscuro a las personas. “Me siento muy feliz, muy optimista”, dice que la amargura no le sirve y que si le pasan cosas malas intenta solucionarlas sobre la marcha y dar vuelta el partido. Su madre parece haberle heredado este pensamiento y dice que “incluso las desgracias finalmente se transforman en cosas buenas, así que siempre hay que estar agradecida”.

Ahora Felipe vive con dos amigos en un departamento en Las Condes. Entrar a su casa es conocerlo un poco más. El refrigerador está en el living y un costado está tapizado con fotos instantáneas de fiestas en el lugar. Dice que la ubicación está pensada de manera estratégica, porque está al lado del televisor y en caso de que falten cervezas o hielo, nadie se pierde un minuto de los partidos de fútbol. Y donde debería ir el refrigerador, en la cocina, hay un *flipper*.

“Así como soy apasionado con otras cosas, con mi departamento también, de hecho, tiene un nombre súper idiota, pero es #eldepa, mis amigos le dicen el *hashtag*, tengo superhéroes, son puras cosas raras”. Es verdad, entrar a su cocina es como entrar a un local de comida rápida, porque además del *flipper* tiene carteles de comida, carteles con precios, entre otros. Mientras

muestra su cocina cuenta que tuvo que desechar ciertos alimentos y reemplazarlas por avena o frutos secos, por el proyecto, pero la cerveza es infaltable, esa nunca falta.

En su pieza hay muchos accesorios que hacen referencia a la comida, desde cuadros hasta estuches o lápices que ha ido coleccionando porque tienen forma de lo que más le gusta: comida. Su repisa está llena de libros sobre el tema y tiene un cajón especial para lo que está fuera de la dieta recomendada que ha tenido que llevar desde que empezó a comer un sándwich al día.

Día 57: Loom Brewpub: Le faltó cerveza a la cervecería. Además de las típicas hamburguesas gringas con Cheddar, tocino, BBQ y aros de cebolla, una de las que me dieron muuuuchas ganas de pedir era la “Buffalo Blue”, que es una pechuga de pollo rebozada, marinada en salsa Buffalo, con berros, tomate, queso Azul, cebolla morada y pepinillos. Bomba. La iba a pedir, pero el mesero me convenció de irme por la “Hawai”. Eché de menos que, siendo una cervecería, cocinaran algunos productos con su propia chela.

La comida chatarra parece ir en retirada, o al menos así parece. Cuentas en Instagram que se especializan en subir recetas sanas, matinales con un desfile de nutricionistas dando cátedra sobre “súperalimentos”, tiendas enfocadas en productos orgánicos y saludables, e incluso un plan de Gobierno llamado “Elige vivir sano” hacen creer que la sociedad avanza hacia una mejor alimentación. Sin embargo, el desafío de Pipe parece apuntar al lado contrario. “Me preocupa mi salud y mucho, todas las personas que les conté la idea me dijeron: ¡pero te vas a morir!, así que voy a incluir este proceso en el blog”.

Dice que lo compensa con ejercicio. Desde que empezó su desafío se levanta a las 6:00 AM para empezar su rutina deportiva. Tiene una repisa llena de suplementos alimenticios y tuvo que cambiar algunos de sus hábitos, aconsejado por una nutricionista que está monitoreando su salud a través de estos “365sánguche”. “Me gustaría decir que me estoy cuidando mucho, pero igual me sigo juntando con mis amigos a hacer asados, pedir pizza, soy bueno pa’l ‘bajón””, reconoce Felipe.

“Más allá que ahora esté en esto, yo creo que lleva un par de años comiéndose un sándwich al día igual”, dice riéndose Jaime. No le preocupa la salud de su hermano, porque está manteniendo un ritmo de vida que ha llevado casi desde siempre, o al menos por un par de años. Además, confía en su criterio.

“Ahora estoy privilegiando tomar más vinos y cervezas, que tragos. Aunque la piscola el fin de semana no la perdono”. Ese fue uno de los cambios que negoció con su nutricionista, quien le prometió que podría mantener sus hábitos étlicos sólo si seguía al pie de la letra la dieta que le recomendaría.

Omega 3, spirulina y maqui son algunos de los llamados “súperalimentos” con los que ha tenido que familiarizarse Pipe. No le faltan las invitaciones a comer o a fiestas, y como comer es su mayor placer, se le hace muy difícil apearse a la rigurosidad de la dieta. “Le pone cabeza, es inteligente y tiene una fuerza de voluntad tremenda, porque come sano para poder darse sus gustos”, cuenta Rosita. Pipe dice que ha tenido que aprender sobre nutrición a la fuerza y que ahora sus desayunos son sanos y fomes. Adiós al Chocapic con yogurt y a los huevos con jamón, hola a la avena y batidos proteicos.

Si bien su madre cree que su paso por el marketing calzaba con algunos actos cotidianos que tiene Pipe, la televisión calza con algo más grande, con querer entretener y crear un mundo más alegre, por eso es que en realidad nadie se sorprendió cuando decidió dejar su trabajo estable para irse como panelista al *Así Somos* de La Red, y ahora como notero en TVN. Jaime, con ojos de hermano, cree que va a llegar muy lejos un día, porque la esencia de Felipe es animar.

Felipe no cree que pueda aburrirse. Las fichas están puestas en que está haciendo algo desde el amor que siente por la comida y al proyecto mismo. “Igual se puede comer otras comidas en otros horarios”, aclara Emilia. “Estoy segura que no se va a aburrir de comer sándwiches, lo que él va a buscar es mantener a la gente entretenida y motivada. Le va a ir metiendo más cosas sabrosas, tanto en contenido como en la misma comida”.

“De repente a mí me cansa más, porque cuando vaya en el día 250 digo: pobrecito. Pero siempre ha sido busquilla, que la amasandería que hace el pan de tal forma, siempre anda buscando lugares nuevos”, revela su madre. Y a pesar de que siempre intenta probar comida nueva, ya sea exótica o ligada a las raíces, Felipe cuenta sobre el Test de la Última Cena, donde la pregunta es sencilla: ¿qué comerías si fuera tu último día con vida? “Nadie dice el menú del restaurante cinco estrellas de Barcelona, todos dicen carne con papas fritas hecho por mi abuelita. La comida no es sólo lo que comes, sino que el recuerdo de con quién estabas, hay muchos factores”.

Y cuando le hacemos la misma pregunta, sabe de inmediato la respuesta. Si bien dice que la mayoría escoge un plato, él escogería menú completo: torta de panqueques salada, que era la que precedía al plato de fondo, charquicán con huevo frito. Menú clásico de la casa de los Sánchez Barceló.

Día 62: Marylin Sanguchez: ¿Quién mató a Marilyn? Ubicado en la esquina de Merced con José Miguel de la Barra, Marylin Sanguches está donde antes funcionaba el restaurante Ópera (ojo que en el segundo piso se mantiene el bar Ópera Catedral). Recientemente abierto, ha recibido buena crítica tanto de expertos gastronómicos como de su clientela fiel, que va y pide “lo mismo de siempre”, como me tocó escuchar un par de veces.

VOLVIENDO AL ORIGEN

*“Porque si hay un contrincante al que debes vencer
en una carrera de larga distancia,
ése no es otro que el tú de ayer”*

Haruki Murakami

Tanto el mundo del *running* como los corredores han ido en aumento en Chile y el mundo. No resulta extraño salir un día en la mañana, noche o tarde y toparse con estos hombres o mujeres en short, poleras fluorescentes y caras sudadas, sin importar la época del año. Pero entre todos y todas, él se distingue claramente, no va cansado, no quiere parar, ni lucha con las ganas de abandonar todo. Él se llama Ricardo y su forma de vivir el *running* es lo que cambió el sentido de su vida.

Correr para vivir

El día, la semana, el mes y el año de Ricardo parecieran estar ordenados y fríamente calculados para que el tiempo le alcance para el trabajo, ir a ver a su familia, comer, pero sobre todo, correr. Ricardo Gómez Caro (28) sale a correr de madrugada, a esa hora en que todos rogamos por unos minutos más antes de que suene la alarma y él ya lleva corriendo 10 kilómetros de los 26 que acostumbra.

Son las 05:59 hrs. de la mañana y llega el Whatsapp de Ricardo:

-Hola, ¿cómo estás? ¿Mucho sueño?

-Muucho, jajaja, pero bien.

-Hahahah... bien. Yo ya estoy afuera

-Salgo al tiro.

Todo está oscuro, Ricardo baja la ventana de la camioneta para mostrarnos el nivel de niebla que abrumba Santiago, el frío entra de inmediato y congela nuestras caras madrugadoras.

Ricardo va manejando, en el asiento de copiloto su padre, que no pierde momento para hacer una broma. Sentada atrás de Ricardo va Fernanda, una de sus grandes amigas.

Ella y Ricardo van a correr 52 kilómetros o 52K en la carrera denominada “Vuelta a la Laguna de Aculeo”. Esta carrera se realiza cuatro veces al año. Las tres primeras consisten en una vuelta a la laguna -26 kilómetros- y la última permite la opción de darle dos vueltas, haciendo un total de 52. Eso es lo que harán Fernanda y Ricardo, mientras que su padre hará los 26.

Por los parlantes escuchamos la voz del organizador: “faltan 15 minutos para la largada. Corredores: acérquense”. Nos bajamos del auto, Ricardo figura en calzas cortas, le preguntamos si tiene frío, porque nosotras estamos congelándonos en ese pasto escarchado. Dice que no.

“Les quiero decir que ustedes son completamente normales, es completamente normal que estén un sábado a las ocho de la mañana esperando correr, los anormales son esas personas que están acostadas, durmiendo”, les dice el organizador a los corredores ya encajonados.

El origen

Ricardo empezó a trabajar a los ocho años, primero como copero en una schopería, y luego, un tiempo largo, como vendedor de carbón y anticuchos. Pasó su infancia con un pie en Santiago y otro en Cauquenes, donde sus abuelos paternos. En un pie un zapato y en el otro una ojota. A pesar de los problemas económicos que pasó junto a su familia, Ricardo se remonta a su niñez desde la felicidad. Cree que todos los obstáculos que pasó son los que ahora le ayudan a correr largas distancias, al parecer sin esfuerzos.

La primera vez que corrió, Ricardo no lo hizo en un gimnasio, ni en un par de cuadras. Empezó a lo grande, en una carrera Brooks de 8,5 kilómetros. Sin haber siquiera intentado mejorar su forma antes, recuerda que esa vez cruzó la meta en condiciones deplorables, llegando a vomitar por el esfuerzo físico. También recuerda que esa fue una época difícil, el pelo se le había caído, pasaba largas horas sin comer y sólo parecía estar enfocado en el trabajo.

“Yo no corría nada, pesaba 20 kilos más que ahora. Esa fue una época dura, tuve la pérdida de un familiar y producto de eso me enfermé mucho, dejé de comer, pasé mucha tristeza y me encerré en el trabajo y en ayudar a este familiar enfermo, incluso después de su muerte. Me diagnosticaron el ‘síndrome del cuidador’, y es que uno está acostumbrado a una rutina y no acepta que la persona ya no esté, estaba muy deprimido y gracias a eso empecé a correr”.

Ricardo dice que no puede sólo culpar una cosa, ya que en ese momento se juntó el término de una relación amorosa de muchos años y la muerte de Juan Gómez, su abuelo paterno. Quizás tratando de buscarlo fue que Ricardo se atrevió a correr, como tratando de amarrar para siempre los recuerdos que tanto sentido dan a su vida.

Luego de este primer acercamiento con lo que conocemos como *running* empezó a entrenar con un grupo de su universidad y fue en ese grupo que conoció a Exequiel Llanos, quien le cambiaría la vida con una propuesta particular. Exequiel fue velocista del Centro de Alto Rendimiento (CAR) y contaba con una amplia experiencia en este mundo.

-Ricardo ¿sabes? tengo un sueño -le dijo Exequiel.

-¿Cuál?

-Hay una carrera que se hizo en Chile hace muchos años atrás y después dejó de hacerse, que se llama “24 horas en pista”.

-¿Qué es eso?

-Consiste en correr 24 horas seguidas alrededor de una pista atlética de 400 metros y yo quiero hacerla.

-Ah, mira, qué entretenido -dijo Ricardo-. Ya, yo te apoyo y armamos una logística.

-No, lo que pasa es que yo quiero correrla contigo -dijo Exequiel.

-Noo, pero viejo, si yo lo máximo que he corrido son ocho, nueve kilómetros y casi me muero.

Ricardo en ese momento no entendía nada. “Literalmente me dijo que no estaba en búsqueda de un atleta de alto rendimiento, que lo que quería era un tipo bruto y que no conocía a

nadie más bruto que yo. Lógicamente le dije que no, un no que duró el viaje hasta la casa de mis papás en micro”.

Apenas llegó a la casa buscó la página organizadora del evento en internet y supo en qué consistía realmente la carrera. “Lo llamé al tiro para decirle que estaba dentro, que contara conmigo”.

La carrera “24 horas en pista” en pareja consiste en hacer la mayor cantidad de kilómetros en conjunto, pero haciendo relevo, es decir, puede correr una hora un competidor y la siguiente el otro, lo importante es que siempre esté uno de los dos en la pista. Los ganadores son finalmente quienes logran hacer la mayor cantidad de kilómetros. La carrera se retomó el 2012 y desde entonces se ha hecho todos los años en la pista atlética del Colegio Sagrado Corazón de Manquehue. Se puede realizar también de forma individual, lo que Ricardo hace todos los años desde ese 2012.

Ricardo y Exequiel entrenaron un par de meses antes del evento, hasta que llegó el día. Al parecer Exequiel no se equivocó: lograron hacer 258 kilómetros entre ambos, ganando el primer lugar de ese año y estableciendo un récord en Chile vigente hasta hoy.

Ese día Ricardo perdió cinco kilos y estuvo inmovilizado por las tres semanas siguientes. Su papá, Ricardo Gómez (56), dice que nunca nadie va a batir ese récord. “Yo se lo digo al Ricardo, nunca nadie va a superar ese récord porque la gente es responsable para correr. Lo que ellos hicieron fue muy irresponsable con ellos mismos”.

Fue después de ese brutal evento que las personas que ahí conoció, y que parecieran ser una comunidad, lo empezaron a invitar a correr, pero ya no dentro de una pista, ni dentro de Santiago, sino que lo invitaron a correr y recorrer el cerro. Ricardo no lo dudó más y desde la primera vez que estuvo en la montaña, rápidamente volvió a sentir esa conexión con la naturaleza que su abuelo paterno tanto le inculcó, con largas caminatas por los alrededores de Cauquenes.

Ricardo hizo velozmente el cambio del *running* al *trail running*, especialidad que se realiza fuera de pista, es decir, en cerros, montañas y senderos, y que obliga a quienes lo practican a hacer distancias más largas y por lugares que parecieran ser más agrestes.

Al terminar la “Vuelta a la Laguna de Aculeo”, los corredores que realizaron los 52K llegan a desplomarse al cruzar la meta, algunos se tiran al piso por unos minutos y otros van directo a la camilla de masajes. Pero cuando Ricardo llega, lo hace con la misma energía y vitalidad con la que lo vimos partir. Y como si fuera poco -lo es para él- va a acompañar en el trayecto final a su padre, quién corrió 26 kilómetros.

Llega a nosotras trotando, con una sonrisa que llena su rostro, “¿cómo están, chiquillas?, ¿muy aburridas?”. Nos cuenta que los 52 kilómetros son poco para él, que lo tienen que poner a correr 100 para poder hablar de cansancio.

La familia

Delicia Caro (53), madre de Ricardo, fue a verlo a esa primera carrera de “24 horas en pista”, fue la primera y la única carrera a la que ha asistido. “Cuando fui a saludarlo quedé para adentro, parecía un cadáver, yo pensé que mi hijo se moría”. Cuenta que sufre cada vez que Ricardo se va a entrenar solo a algún cerro cercano a Santiago o cuando asiste a las carreras, le da miedo que le pueda pasar algo y que no haya nadie para socorrerlo.

El miedo de Delicia finalmente no es irracional, ya que este año ha habido graves accidentes, como la muerte de un corredor mexicano en la carrera Ultrafiord y amputaciones de extremidades, entre otras graves consecuencias.

En octubre de este año, en la carrera “The North Face Endurance Challenge Chile” se extraviaron dos jóvenes de 20 y 22 años, que luego de 12 días de búsqueda fueron encontrados muertos por hipotermia. Ricardo es enfático, “tengo mucha tristeza por lo que le pasó a estos chicos, sobretodo porque a uno de ellos lo conocía, por el Instituto Nacional, pero me duele aún más su irresponsabilidad, algunos me dijeron que no era el momento de críticas, pero si no lo

hacemos ahora ¿cuándo? Todos los días suben más personas a la montaña y si seguimos avalando estas actitudes vamos a perder a jóvenes e incluso a los rescatistas. Somos un país de montaña sin cultura de montaña”.

Su madre le pide después de estos incidentes que busque otros intereses, otra cosa a la que dedicar su vida, pero Ricardo es enfático, nunca va a dejar la montaña, porque es lo que lo hace feliz. No titubea ni siente temor al internarse en la montaña, donde parece ser más nativo que de la ciudad. “Uno arriesga su vida cuando anda en la calle, de hecho, muchas veces cuando voy en el auto hacia el lugar de entrenamiento, un día sábado en la madrugada, por ejemplo, pienso que es mucho más probable que me ocurra un accidente ahí por un tipo que maneja en estado de ebriedad a que me pase algo en la montaña, donde puedo cuidarme solo”.

Reconoce que fue imprudente, que lo de las 24 horas fue un salto tremendo e irresponsable, porque pasó de no correr nada a correr maratones, y luego a subir cerros sin siquiera aprender sobre montaña. Pero también sabe que su origen rural le da una perspectiva diferente sobre la naturaleza, distinta a la de una persona que ha crecido en la ciudad.

A pesar de llevar cuatro años corriendo intensamente, resulta casi milagroso que a la fecha Ricardo no haya tenido ninguna lesión de gravedad. Fernanda, su amiga, relata el ritual de Ricardo después de una carrera: “Siempre después de correr tiene que comer, esa parte es fundamental, y luego dormir. Cuando Ricardo se acuesta empieza a sentir como agujas en sus piernas, que tienen una manera muy natural o casi mágica de sanarlo, recuperarlo y reconstruir su cuerpo”.

La familia de Ricardo es pequeña. Si bien existe un gran número de familiares, no los ven de forma constante, por lo que generalmente son ellos cuatro, Ricardo hijo, su madre Delicia, su padre Ricardo y su hermana Rocío (22).

Delicia es tímida, abre la puerta de su casa con amabilidad, pero no habla demasiado. Su esposo salió a comprar cosas para la once, cosa que Ricardo nos advirtió: “Vayan con hambre, porque es imposible que alguien vaya a la casa de mis papás sin comer”. Delicia habla despacio,

responde entre dientes que no le gusta que Ricardo corra, le preocupa su salud y cree que se exige demasiado.

“Yo no entiendo por qué les gusta eso, está bien correr, pero por qué tanto, por qué presionar tanto el cuerpo. Yo le digo a Ricardo que no me gusta, pero esa es su felicidad, yo no puedo hacer nada, correr lo hace feliz”, detalla Delicia.

No puede evitar hablar del Ricardo niño, lo describe curioso e inteligente. “Tomaba un juguete y lo desarmaba para ver cómo funcionaba y armarlo de nuevo”. Ella y Ricardo papá tienen un matrimonio de 28 años, ambos son del campo, pero se conocieron en Santiago, “me casé embarazada, pero no sabía que lo estaba”, comenta Delicia mientras recuerda entre risas que no entendía por qué andaba más llorona.

Ricardo Gómez padre es cocinero de la Fuerzas Armadas, por lo que tiene horarios de trabajo que van variando según cada semana. Es un hombre alegre, con un porte importante y una personalidad completamente distinta a la de su esposa. Bromea desde el primer momento y no tiene problema en hablar con orgullo de su hijo.

Mientras comemos pan con palta y saboreamos una tarta de frambuesa -la advertencia de Ricardo se cumplió- los padres hablan de sus hijos, del orgullo que sienten por lo unidos que son. Rocío estudia en Valparaíso, pero viene seguido a ver a su hermano, “a veces nos enteramos de que está en Santiago porque llama el hijo y nos dice que llegó Rocío a su departamento”, cuenta Delicia.

Ricardo se fue a vivir solo al poco tiempo de entrar a la universidad. Su enseñanza escolar estuvo en el Instituto Nacional, al cual llegó por recomendación de los profesores de su colegio anterior. En el Nacional se desarrolló en la disciplina que pronto lo coronó como campeón nacional: se adentró en el mundo del debate gracias al desafío de una profesora, y como en todo en la vida de Ricardo, se convirtió en el mejor.

Gracias a sus capacidades en el debate, la Universidad Andrés Bello le ofreció una beca completa, la posibilidad de cursar un semestre en *The World Debate Institute* de la Universidad de Vermont en Estados Unidos y un trabajo con sueldo estable como profesor de debate a cambio de que estudiara en ese plantel la carrera de Derecho. Como buen institutano, Ricardo quería entrar a la Universidad de Chile y estudiar Licenciatura en Ciencias Exactas, pero los recursos económicos de su familia no pudieron ni siquiera costearle la matrícula.

Optó prácticamente obligado estudiar una carrera que no quería, pero que le dio un sueldo y, con eso, un cambio radical a la vida de su familia. “En mi familia nadie había ido a la universidad, mi abuelo no sabía leer ni escribir y mi mamá no terminó el colegio, no tuve opción”.

Sin embargo, su decisión le costó el saludo de sus profesores en el Instituto, que lo acusaron de venderse y no entendieron sus motivos. En la universidad lo pasó mal, sentía que no pertenecía allí, los profesores que un día lo aconsejaron le dieron la espalda y la frustración comenzó a dominarlo. No obstante, esa frustración fue utilizada a su favor, ya que tempranamente se transformó en campeón mundial de debate y en el mejor egresado de su generación. Pero a pesar de todo, una vez fuera, no quiso saber nunca más de su carrera. Hasta hoy no ha dado el examen de grado y no sabe si en algún momento lo hará. “Muchas cosas me angustian sobre la abogacía, las apariencias y la injusticia del sistema judicial chileno me aprietan el pecho”, relata Ricardo, describiendo un sentimiento muy parecido a lo que le molesta de la ciudad.

Por ese motivo, cuando Rocío, quien lleva una relación mucho más conflictiva con sus padres, expuso sus deseos de cambiarse del Liceo 1 Javiera Carrera a uno artístico experimental, Ricardo la apoyó. Y cuando quiso irse a estudiar a Valparaíso también la apoyó. Luego, cuando decidió que la carrera de Pedagogía en Historia no era lo suyo y quiso estudiar Artes, Ricardo también la apoyó. “Con un ‘huevón’ que se sacrifique por familia, estamos, y yo ya lo hice. Usted tiene un solo deber, y ese deber es hacer lo que le guste”.

Rocío habla de su hermano desde la admiración y desde el cariño que ambos se tienen: “tenemos una relación basada en la amistad y en el cuidado mutuo, conversamos mucho y somos muy amigos”. Relata que su infancia consistió básicamente en las historias que él le contaba e inventaba, que toda su vida ha estado marcada por la narración de Ricardo.

Cuando le preguntamos a Delicia cuál es el momento en que ve más feliz a su hijo, ella sin dudar responde que cuando corre, “se le ilumina la carita, yo por eso, aparte de decirle que no me gusta mucho, no le transmito mis miedos, porque él es feliz, yo no le puedo negar esa felicidad. Bueno, también es muy feliz cuando nos juntamos los cuatro y comemos, porque a los cuatro nos gusta la buena mesa”, dice mientras ríe tapándose la boca.

La primera vez que vimos a Ricardo nos mostró un video de su padre llegando a la meta de una carrera, era el último en llegar y se escucha de fondo la voz del animador: “viene llegando el último corredor de la carrera, es Ricardo papá, que fue entrenado por Ricardo hijo”. Esa carrera era la “Vuelta a la Laguna de Aculeo”, la primera vez que su padre se atrevió y corrió con él, porque tal como señala Delicia y debido a la profesión que desarrolla su esposo, les gusta la buena mesa y eso ha traído consecuencias en el peso.

Este año Ricardo papá no llegó último y confiesa que echó de menos los aplausos al final. Ricardo ha logrado que su papá baje 20 kilos a punta de motivación y gracias a dos años de intermitente entrenamiento que concluye siempre en la “Vuelta a la Laguna de Aculeo”, que los junta en un terreno que para ambos parece tan familiar, un terreno que los lleva otra vez a respirar ese aire limpio de Cauquenes.

La magia de la montaña

“Hay tipos de entrenamientos, comida y hábitos como corredores conozcas”, dice Ricardo mientras relata sus subidas a la montaña, donde ha visto de todo, sobre todo en lo que a comida respecta: corredores que comen hamburguesas, jamón serrano o también están los que prefieren los geles especializados para el *trail running*. Él, en cambio, prefiere hacerse bolsitas con miel y limón y comer chocolate, “últimamente, estoy comiendo charqui”, tal como lo hacían los

chasquis hace años. Chasquis que lograban conectar el Tahuantisuyo corriendo a través de postas que conectaban todo el territorio.

Sin embargo, ése no es el único pueblo indígena latinoamericano que Ricardo admira e imita. “Le copié mi dieta a un pueblo mexicano llamado Tarahumaras, que se denominan a sí mismos como raramuri, que significa ‘el de los pies ligeros’ o ‘el que corre’”. Los Tarahumaras han construido su cultura alrededor de correr, no desarrollaron implementos para cazar a sus presas, sino que los perseguían, hasta fatigarlos y cansarlos.

Gracias a su trabajo, Ricardo ha podido viajar a diversos destinos. “Lo primero que hago cuando llego es ver si hay alguna carrera, porque es bonito correr con gente, pero rara vez encuentro. Si no hay nada, apenas dejo la maleta salgo a recorrer para ver qué ruta puedo hacer o pregunto si hay lugares para correr”. Sin embargo, cuando fue a México su intención era otra: conocer a los Tarahumaras y conversar con ellos. “Me encontré con dos en un mercado y pude hablar con ellos, no fue mucho rato, pero es una de mis mejores experiencias”.

Al parecer, la dieta y ejercicio no es lo único que tiene en común Ricardo con los raramuri. Fernanda cuenta que a la versión 2015 de las “24 horas en pista” llegó un corredor nuevo, presumiendo que ganaría la competencia, generando de inmediato rechazo por parte de los demás corredores. Esta situación provocó algo en Ricardo, algo que despertó un instinto y decidió perseguirlo durante toda la carrera, tal como los Tarahumaras los hacen con sus presas. Ricardo le respiró en la espalda, iba tras de él para pasarlo cuando estaba por cruzar la línea, hasta que finalmente la fatiga no le permitió terminar la carrera, enviando al otro corredor directo a la clínica.

El padre de Ricardo lo recuerda entre risas, “fue malo con ese cabro, pero se lo buscó también, no tendría que haber llegado tan sobrado”.

Ricardo reconoce que correr no es algo en sí mismo entretenido; ponerse zapatillas y salir a correr por las calles no es algo que le guste. Por eso prefiere la montaña, además, le complica correr en asfalto. En el cerro puede correr más de 50 kilómetros en cualquier carrera y al otro día

salir a entrenar y correr nuevamente sin ninguna consecuencia física alarmante. Sin embargo, cuando corre la “Maratón de Santiago” (42 K) -la cual intenta realizar todos los años- queda inmovilizado por una semana. “Lo que pasa es que cuando corres en cemento, el centro de gravedad es siempre el mismo, no como en la montaña, donde los mismos obstáculos van haciendo que el pie utilice todos los ángulos posibles”.

Ese es el motivo por el que no cambia los cerros, y por eso es ahí donde se siente realizado. Le pedimos que escoja a la persona que lo motivó a correr y nos dice que su ex compañero Exequiel. “Lo más extraño de todo es que luego de correr esas 24 horas y batir el récord, Exequiel nunca más volvió a correr. A veces me lo encuentro y le digo que volvamos a correr, que rompamos nuestro propio récord y me dice que sí, pero luego desaparece y no vuelvo a saber de él”. Pareciera ser que ese evento que logró darle el empujón necesario a Ricardo fue el mismo que alejó a Exequiel de ese mundo.

Al darle otra vuelta, Ricardo se corrige: “mi verdadero maestro es mi abuelo, él murió a los 100 años y su secreto para la longevidad fue conservarse en vino, era intolerable para él tomar agua, trabajaba haciendo carbón y gracias a él caminé más kilómetros de los que he corrido. Yo me enojaba, lloraba y pataleaba porque no quería seguir, pero me decía: ‘camine no má’, gallo’, y yo seguía, siempre con él”.

La mejor explicación al por qué Ricardo corre la entrega él mismo en su estado de Facebook el 15 de octubre a las 03:53 de la madrugada:

“¿Por qué hago esto? Me pregunté mientras trataba de espantar el sueño hace unos minutos. Me imaginé pasando frío en la cordillera, tratando de subir y bajar mientras en el valle la mayoría duerme, aquellos mismos que me llaman loco.

No miento, quise volver a la cama, envolverme y dormir hasta decir basta, pero no... acá estoy otra madrugada más con las zapatillas puestas para tratar de correr y que el amanecer me encuentre lo más y lejos posible.

Hago esto porque me hace feliz, hago esto porque soy un bendecido cuyo corazón clama por ser agitado, cuyas fibras piden esfuerzo, cuyos ojos reclaman la vista desde alguna cumbre.

Allá voy otra vez con tantas cosas a cuestas que procuro darles vuelta en la montaña.

Ya, parto... esos 80 kilómetros no se correrán solos. El objetivo es claro: unir el punto de partida con la meta, procurando disfrutar al máximo mientras eso pasa.

Si voy al ritmo que me enseñó mi abuelo, lo podré conseguir”.

Lograr salir de las estructuras que la ciudad impone y de la desigualdad que anida Santiago es una satisfacción para Ricardo. “La montaña logra romper todo eso, porque lo que se supone es importante en la sociedad moderna y occidental, no lo son en el cerro, si te caes en la montaña, te caes sin importar la comuna en donde vivas. Por eso para mí el cerro implica desatarse de todo y volver al origen, pero no tan sólo familiar, sino al origen de dónde venimos todos”.

En el cerro se siente seguro, la montaña le da una tranquilidad que no consigue en la ciudad. “Si veo a alguien sentado en la calle, que necesite ayuda, probablemente no me acercaría, llamaría a los carabineros para que le presten auxilio, pero yo no me involucraría. No obstante, en el cerro es diferente, nunca escucho música para estar atento al pedido de ayuda de algún corredor. Hay un código que me enseñaron los corredores mayores: nunca hay que pasar a nadie sin preguntarle como está, si está detenido le preguntas dos veces, porque nunca dejas a otro corredor sin ofrecerle ayuda. Todo lo que hay en mi mochila, en la montaña, es tuyo”.

Ricardo es un hombre exitoso en el ámbito académico y profesional, se ganó el respeto de vuelta de sus profesores del Instituto que le dieron la espalda en algún momento, a punta de perseverancia y buenos resultados. Está acostumbrado a ser el mejor en todo, pero el *trail running* no le despierta eso, es en la única disciplina en la que no quiere ni pretende ser el mejor, no es un corredor de élite, ni tampoco pelea los primeros lugares. Para él, lo importante son otras cosas. “En medio de una competencia puedo quedarme parado minutos o incluso horas mirando

el paisaje, si tengo la posibilidad nadar en los ríos que cruzan la carrera. Pero tengo un plan: cuando todos envejecan yo voy a seguir con estos hábitos, y ahí les voy a ganar a todos”.

Nos habla de una de las tantas veces en que ha subido el cerro El Plomo, “iba subiendo y vi una estrella fugaz. Como parte de la tradición, cerré los ojos y pedí un deseo, pero cuando los abrí había otra, y otra y otra. Me quedé sentado mientras lloraba y miraba esa sorpresa que la montaña me estaba regalando y pensé que todas y todos deberían ver esto. Te cambia la perspectiva del mundo, porque cuando estás en la montaña no estás solo, estás contigo mismo”.

Rocío cree que la pasión que Ricardo tiene por el *running* es natural: “la mente de mi hermano es muy especial, algo pasa en su cerebro que funciona distinto al de las otras personas, correr fue la forma que mi hermano encontró para ordenar todo lo que hay ahí”.

Sus papás lo ven más feliz que nunca y a pesar de las preocupaciones, aceptan esta “adicción” de su hijo. Lo único que su madre le reprocha es que no haya terminado por completo su carrera. “Tiene que terminar lo que empezó, es joven, si después quiere estudiar otra cosa está bien, pero tiene que terminar, él lo sabe”. Sin embargo, el camino de Ricardo está lejos del mundo judicial.

“Me gusta enseñarle a mis alumnos lo que sé, traspasarles mis conocimientos no sólo en debate, sino que de la vida, no me imagino a mí mismo siendo abogado”. Ricardo tiene un poder de convencimiento insospechado, entre risas uno de los corredores de la laguna le reprocha que no le diga nada más, que si le habla dos minutos más va a terminar votando nuevamente por Bachelet. Sin embargo, no logra convencer a su madre de no finalizar la carrera.

A Ricardo le gusta el debate, pero en el lugar donde se siente más vivo es en el cerro, y así lo reconocen todos los que lo rodean. Nos dice que lo único que lo haría abandonar el ritmo que lleva hasta ahora es cumplir su gran sueño de formar familia. “Ahora nadie depende de mí, puedo ir al cerro sin pensar en las consecuencias, pero con un hijo o hija todo sería distinto. Me imagino yendo al cerro con ellos y mostrándoles este mundo que es único, que está a 20 minutos de Santiago, pero que la mayoría de los santiaguinos desconoce”.

Todo lo que ha vivido Ricardo lo llevó de una forma u otra a subir a la montaña. “Es increíble cómo se vincula, porque cuando estás en el kilómetro 70 y crees que no puedes correr más porque tienes una herida en el pie o estás muy cansado, te acuerdas que cuando chico tenías que trabajar y tirar para adelante y dices: ‘bueno, vamos no más, hay que seguir’”. Por eso cuando Ricardo corre vuelve al origen, su origen.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDAZ, J Y SÁNCHEZ M^a (2005) *Obsesiones y compulsiones*. Editorial Síntesis, España.
- BAUDELAIRE, C (1863) *El Pintor de la vida moderna*. Francia.
- BARADIT, J (2015) *Historia secreta de Chile*. Chile.
- DAVID, R, MOLLON T (2001) *Trastornos de personalidad en la vida moderna*. Masson, España.
- FLUXÁ, R Y JALIL, G (2012) *Los Leones*. Editorial El Mercurio, Chile.
- GUERRIERO, L (Ed.) (2015) *Los Malos*. Editorial Universidad Diego Portales, Chile.
- GUILLEN, A (2008) *La inconformidad del hombre; selección de textos y presentación de Pompeyo del Valle*. Editorial Cultura, Honduras.
- LARRAÍN, J (2005) *¿América Latina moderna? Globalización e identidad*, LOM Ediciones, Chile.
- LAPLANCE J, PONTAILS J (1967) *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.
- MONSIVÁIS, C (1980) *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. Ediciones Era, México.
- DEPARTAMENTOS DE CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN, UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO (2015) Fanatismo y redes de reciprocidad. Revista Trama, vol 1. Argentina

ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD (2006) WHO-AIMS: Informe sobre los sistemas de salud mental en América Latina y El Caribe.

OZ, A.: trad. Sarasola, D. (2006). *Contra el fanatismo*. Ediciones Siruela. España.

TASSO, V (2003) *Diario de una ninfómana*. Editorial TransworldPublishers

WARREN, H (Compilador) (1998) Diccionario de psicología, 3º edición, Fondos de Cultura Económica, México.

Recurso audiovisual:

20 WEST PRODUCTION, VIOLET MEDIA (Productoras). (2010-2014). *Mi extraña obsesión*. [Serie Documental]. Estados Unidos: TLC.

ARKOFF, S. CORMAN, G. CORMAN,R. (Productores) & CORMAN. R (Director). (1962). *La Obsesión*. [DVD]. Estados Unidos: American Internacional Pictures.

DE VILLANUEVA, M. FERNÁNDEZ, J. (Productores) & MOLINA, C. (2008). *Diario de una ninfómana*. [DVD]. España: Canonigo Films, Filmax.

VACHON, C. KOFFLER, P. WLODKOWSKI, S. (Productores) & Romanek, M. (2002). *Retrato de una obsesión*. [DVD]. Estados Unidos: Fox SearchlightPictures.



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Relatos de una Generación, perfilando el fanatismo" de el /la estudiante Bárbara Alvarado y Paulina González, en la categoría Crónica Periodística:

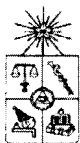
	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y perspectiva	Insuficiente. No parecen historias relevantes ni de interés periodístico.	10%
1.2	Reporteo y técnicas periodísticas	Insuficiente. Si se quería buscar historias distintas, extremas, o que den cuenta de una parte importante de la población, se logra solo en algunas de ellas. Tampoco hay un reporteo acucioso en cada uno de los temas, más allá de un esbozo temático escueto.	35%
1.3	Estructura	Correcta. Bien escrita.	25%
1.4	Narrativa y estilo	Correcta. Hay estilo escritural en el relato.	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	4,0	0,4
1.2	4,0	1,4
1.3	5,5	1,4
1.4	5,5	1,7
Nota Final		4,8

COMENTARIO

La memoria no constituye un aporte de contenido o una original investigación periodística de peso. Si la opción era el perfil, tampoco lo constituye a cabalidad, porque son relatos livianos, reporteados solo desde la entrevista. Para ello hubiese sido importante reportear de tal manera que los fanatismos fueran los mejores, los desconocidos, los latentes, pero no mencionados. Que además nos hablasen de Chile y de su híbrido cultural y postmoderno. Lo que vemos no nos muestra, como se sugiere,



una "generación". Con un par de excepciones hablan de temas como los otakus, el fútbol, la cumbia, que si bien dan cuenta de algunos grupos, hemos visto innumerables reportajes y crónicas de dichas temáticas.

Atentamente,

TANIA TAMAYO GREZ

Santiago, 3 de enero de 2017



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación comunico a usted la evaluación de la tesis de título "Retratos de una generación: perfilando el fanatismo" de las estudiantes Paulina González y Bárbara Alvarado:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Problematicación	Planteamiento y contextualización del tema	10%
1.2 Pertinencia	Relevancia y originalidad de la investigación	15%
1.3 Estrategia Metodológica	Recolección de la información, datos y antecedentes.	20%
1.4 Conclusiones	Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.	15%
1.5 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto.	15%
1.6 Presentación	Calidad de la redacción, recursos estilísticos.	15%
1.7 Recursos bibliográficos	Materiales y textos utilizados.	10%

Item	Nota	Valor
1.1	5,8	0,6
1.2	6,0	0,9
1.3	6,0	1,2
1.4	5,9	0,9
1.5	6,0	0,9
1.6	6,0	0,9
1.7	5,9	0,6
Nota Final	6,0	

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0.



COMENTARIO

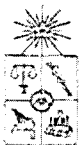
El trabajo de las estudiantes fue, sin duda, dificultoso. Tuvieron muchos problemas iniciales para definir el foco de la investigación, el que posteriormente modificaron de manera definitiva sólo dos meses antes de la entrega final. Si bien esto hizo necesario redefinir en muchas ocasiones el foco de los perfiles y la mirada con la que serían abordados, las modificaciones contribuyeron a que las estudiantes pudieran encontrar un cuerpo de investigación más concreto y que permitiera darle un sentido de conjunto a la selección de perfiles.

En este sentido hay que hacer notar que los que aquí aparecen corresponden, en efecto, a una selección, que deja fuera otros intentos fallidos con otros personajes con los que las estudiantes insistieron a lo largo del trabajo que ha significado la presente memoria.

En cuanto a lo formal, el texto final, destaco en él la originalidad de querer atrapar una mirada sobre la realidad asociada a lo juvenil en distintos ámbitos y la corrección del resultado final, que logra mantener la lectura y provocar interés en el lector sobre las vidas de personas que en algunos aspectos escapan de la norma sin caer en la patología que podría diferenciarlas radicalmente de otros. Pero a pesar de que hubo enormes progresos en dicho ámbito a lo largo del trabajo, creo que pudimos haber encontrado formas de asociar una mayor relevancia periodística a los contenidos aquí presentados.

En lo pedagógico, destaco el esfuerzo de las estudiantes, que pese a las dificultades persistieron, cumplieron con las fechas y siempre estuvieron atentas a las correcciones y a la planificación de cada nueva reunión. En esta línea ellas también vivieron un rico proceso de aprendizaje desde lo estratégico hasta lo periodístico, haciendo grandes esfuerzos por encontrar un foco atractivo y hallar una voz más pulida para enfrentar los perfiles y que éstos tuvieran pluralidad de voces y no remitieran sólo a una entrevista en profundidad con los personajes.

Me parece que este trabajo rescata una preocupación común de los estudiantes, que es la de retratar mundos que les parecen desconocidos en lo personal y cuyas historias consideran importante recuperar. En ese sentido creo que hay valor en este trabajo, que sin duda funciona como la marca de un momento y de una generación determinada.



Atentamente,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Jennifer Abate Cruces'.

Jennifer Abate Cruces

Santiago, 19 de diciembre de 2016



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Retratos de una generación: perfilando el fanatismo" de las estudiantes Bárbara Alvarado y Paulina González, en la categoría Crónica Periodística y perfiles de vida:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema: perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2 Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4 Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, (creatividad)	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	5.0	0.5
1.2	4.5	1.6
1.3	4.5	1.1
1.4	5.5	1.7
Nota Final	4.9	



COMENTARIO

El trabajo titulado "Retratos de una Generación: perfilando el fanatismo" de las estudiantes Bárbara Alvarado y Paulina González, no logra constituirse, en su forma y fondo, como un trabajo acabado. Lo anterior, ya que carece de una estructura formal que justifique la elección del tema, así como el estilo narrativo utilizado.

Este trabajo aparece como un transitar demasiado liviano y muy veloz por historias poco atractivas – a ratos irrelevantes - que se constituyen en un proceso global poco interesante, periodísticamente hablando. Es por esto que el texto nos lleva a reflexionar acerca de la pertinencia del tema escogido y de la metodología de trabajo utilizado.

Se echa en falta una estructura narrativa que sustente el recorrido de historias propuesto por las estudiantes, así como una justificación que sustente una decisión académica que resulte en un impacto en la disciplina.

La nota 4.9 obedece a una evaluación "aceptable", en tanto se espera que en la sesión de defensa, las estudiantes expliquen ante la comisión el proceso de elección de tema, trabajo de reporteo, pertinencia de lo realizado e impacto en un eventual aporte periodístico, ya que no es posible observar un desarrollo coherente de estos criterios en el texto elaborado.

Atentamente,



Sergio Trabucco Zeran

Santiago, 18 de enero de 2017